

REVISTA
MULTICOLOR
DE LOS SABADOS

CRITICA

MAYOR
CIRCULACION
SUDAMERICANA

AÑO I

BUENOS AIRES, AGOSTO 12 DE 1933

Nº. 1

Contra la Corriente, *por* David A. Siqueiros



LA PENNA DE MUERTE, Cuento de Raúl Rivera Olazábal



El caso era claro. Demasiado claro, desgraciadamente. Una mañana habían encontrado muerto al viejo Barcala, con una feroz puñalada en el corazón. La pieza estaba en orden, pero había desaparecido un cofrecito en que aquel guardaba una suma de dinero cuyo monto se desconocía, pero de cuya existencia no se dudaba, por declaraciones anteriores de la víctima. Era los ahorros de toda su vida, con seguridad. Su compañero de pieza, Zoilo Echelus, faltaba desde esa misma mañana, sin que se tuviera la menor noticia de su paradero. Despachadas distintas comisiones en su búsqueda, pronto fue encontrado, sin embargo, haciendo a pie el camino a Santiago. Cuando le explicaron el motivo de su detención, demostró enorme extrañeza, y hasta pareció conmoverse con la triste suerte de su compañero. Llegado a la ciudad, protestó en todos los tonos su inocencia. Refería que en la noche del crimen había llegado a la casa muy tarde, cuando ya el viejo estaba durmiendo. Se acostó sin hacer ruido, a fin de no despertarlo, y pronto se quedó profundamente dormido el también, extenuado por el día de intenso trabajo. Nada lo despertó durante la noche; antes de que aclarara, se vistió diligentemente, como lo hacía en esos casos, y salió en dirección a Santiago, donde debía permanecer dos o tres días, en negocios que no supo explicar. Nadie creyó en su inocencia, por supuesto. ¿Cómo admitir que no hubiera oído nada, ni el menor ruido que lo despertara, mientras en la cama de al lado estaban asesinando y robando? ¿Era asombroso eso? ¿Y cómo suponer que al salir para pasar varios días en la ciudad, no se hubiera despedido de su compañero, y lo hubiera dejado solo en la pieza, con las puertas abiertas? Descartada la posibilidad de que el crimen se hubiera cometido después de su partida, pues la autopsia demostró que la muerte había sido instantánea y se había producido entre las dos y tres de la madrugada, es decir, cuando, según su propia declaración, él estaba allí, quedaba casi probado que él había sido el autor del inico asesinato. Y, por otra parte, si él no había sido, ¿quién podía haber sido, entonces?

Se agotaron las averiguaciones, las pesquisas, los testimonios; se multiplicaron las pericias de toda índole y, al final del sumario, la culpabilidad de Zoilo Echelus era convicción unánime de cuantos entendían o se interesaban por el asunto. El viejo Barcala había sido hallado muerto. Habían encontrado el cofre con sus ahorros. El crimen, pues, era innegable. Era innegable, también, que alguien lo había cometido, y que el móvil había sido el robo. Sólo faltaba, pues, averiguar quién era ese alguien. ¿Y quién si no Zoilo Echelus, al que sindicaban inexorablemente todas las circunstancias? ¿Y por qué no iba a verlo? ¿Porque él lo negara? ¿Quién es el que confiesa su culpabilidad? ¿Que no lo habían encontrado encima del dinero robado? Bah, es tan grande el campo, y tantos los lugares en que podía haberlo escondido. Mas aún, pues siempre quedaba la posibilidad de que el viejo no hubiera tenido dinero en el cofre, como se decía, y que el criminal se hubiera chisquero. Todos estaban contestes en su culpabilidad. Y hasta sus antecedentes lo perjudicaban, pues en el curso de las investigaciones llegó a saberse que Echelus se dedicaba a negocios nada limpios en la ciudad, donde se le había visto a menudo acompañar de individuos catalogados como gentes de avería.

El negaba siempre. A veces, acosado a preguntas, llegaba hasta salir de su apatía racial y clamaba que él nada sabía de cuanto le preguntaban, sino que habían matado a su amigo Barcala, cuya muerte era el primero en lamentar. Pero su voz, cada vez más cansada, se estrellaba contra un témpano de hielo: nadie le creía.

Lo condenaron a la última pena. Ni el mismo defensor se atrevió a sostener su inocencia; se limitó a pedir la clemencia de los hombres para el que, en un momento de tremendo extravío, había puesto a prueba la clemencia de Dios. Zoilo Echelus recibió el veredicto con su calma de siempre, sin



que nada alterara el curso de su sangre en que había glóbulos indios, como si no llegara a comprender lo que eso significaba para él.

—Soy inocente — dijo una vez más. La sentencia fue confirmada, y un día le notificaron que al siguiente sería ejecutado. En segunda empezaron a desarrollarse los trámites preparativos de los ajusticiamientos.

Al día siguiente, al romper el alba, lo sacaron de la celda y lo condujeron al patio de la prisión. Fue entonces cuando, al mi-

rar ya montada la máquina de la muerte, las fuerzas abandonaron por completo al condenado, y un terror animal se apoderó de él. En el patio cuadrado de la cárcel, envuelto aún en las últimas sombras de la noche, aguardaba un piquete de soldados armados y, cerca de ellos, un grupo reducido de funcionarios y curiosos que cuchicheaban levemente o se paseaban con nerviosidad. Al fondo, contra la pared más distante, se alcanzaba a distinguir una silla de palo. Esta silla era, indudablemente, la explicación y el eje de todo.

AVENTURAS DE MORGAN EL VIEJO

YO hacía viajes en La Gaviota, el último viejo sueño que traía lana y pieles de Río Gallegos. Por esa época todavía abundaban en el antiguo Paseo de Julio los teatrillos grotescos y los bodegones canallas, llenos de bujuzuelas, marineros y toda clase de buscavidas, la resaca social.

La última vez que vi a Morgan, el Viejo — lo recuerdo como el fuera ahora — en el Bremen. Estaba preocupado, sombrío, un poco encorvado, con la barbilla sobre las fuertes manazas. Cosa rara, en su mesa había dos botellas de gin, vacías.

—El capitán Morgan ¿bebiendo? Morgan, el Viejo, había sido siempre un tremendo enemigo del alcohol. En toda la costa del Pacífico se le conocía por su sobriedad. Algo le pasaba a Morgan, el Viejo, la última vez que lo vi. Cuando terminó de beber salió dando tumbos. Lo seguí, por pura curiosidad. Él entró a un Salón de Novedades, pidió una escopeta y bajó, uno a uno, todos los patitos movedores del tinglado. Después, al salir, puso una moneda en el pecho del negro bodegador, el gran muñeco mecánico, y le aplicó tan feroz trompada que casi le arranca la enorme cabeza motada.

II
Dos años después, estaba yo con varios camaradas en el bar Azón, del mismo Paseo de Julio. Bebíamos y cantábamos mientras la crujiente de tiroleses llenaba de ruidos alegres todo el barrio. De pronto, una joven hermosa, vestida con un traje parecido al uniforme del Ejército de Salvación, entró al bar seguida por dos jovencitas y un niño. Se pusieron a repartir papeles. Tomé uno de ellos de manos de la joven, que era hermosa y rubia, de dulces ojos azules, tristes y grandes, y me entrecé que se invitaba a los desocupados y a los amargados, a los extraviados y los vagabundos a frecuentar un refugio llamado Salva tu alma y tu corazón, situado en la calle Falucho, en pleno barrio de amargados y extraviados, de vagabundos y desocupados. No me interesé por el asunto.

III
Pero a la noche siguiente presencié una escena que no olvidaré jamás. El Avon estaba repleto de camaradas borrachos, mujercuelas, un forabudo, una florista, un ilustrador, en fin, la resaca de todos los bares. La joven hermosa de la noche anterior penetró al bar con gravedad. En la mesa cercana a la caja, cuatro marineros borrachos la provocaron. Uno de ellos pretendió tomarla entre sus brazos. De pronto, un negro hercúleo que yo conocía, un tal Sam, antiguo fogonero, dió un salto desde la mesa vecina y cayó sobre el marinero borracho. Los otros tres se lo sacaron de las manos, pero Sam volvióse hecho una fiera y dió cuenta de todos en un segundo. Los cuatro quedaron tendidos al pie de la mesa, mientras el negro Sam se ubicaba nuevamente en la suya. La joven contempló la escena serenamente. Luego ayudó a levantar a cada uno de los infelices y salió a la calle, con la misma gravedad de siempre. No pude contenerme. Y la seguí.

IV
Subí por el Paseo de Julio, penetrando en cada bodegón, re-

partiendo el Salva tu alma y tu corazón. Después doblé por Viamonte hasta 25 de Mayo. Allí, en la puerta del bar Turco, recogí a dos personas, dos ex hombres, y encaminé con ellos hasta la calle Falucho. A mitad de la cuadra una gran vidriera iluminada bajo un cartel que decía: Salva tu alma y tu corazón, dejaba ver el interior de un amplio local. Al fondo, en un ángulo, un anciano de larga cabellera blanca estaba sentado frente a un pequeño órgano. En el medio, detrás del pupitre, se instaló la joven hermosa. A su alrededor había libros, carteles, estamapas religiosas. En el otro ángulo una gran canasta repleta de dorados panes y una portezuela que comunicaba con otro amplio salón interior. Estaba entreabierta y se podía



En pleno barrio de amargados

ver una fila de camas. En los bancos desparpados por el local, una multitud de seres pintoscos, sombríos — pingajos humanos — escuchaba atentamente, con cierto fervor religioso, las notas del órgano. Ancianos y jóvenes, mujeres y hombres, formaban esa extraña concurrencia.

Yo estaba con la cara pegada al vidrio. De pronto la mujer se incorporó y, dirigiéndose a la puerta, llegó hasta donde me hallaba y dijo:

—Pase usted.

—Sentí que me ruborizaba. Me quitó la zorra.

—Buenas noches — murmuré. Y volví al bar Avon.

V
Sam estaba allí.

Los tiroleses se habían ido ya y quedaba poca gente en la mesa. Mis camaradas se habían ido también.

Pedí un rhum. Animado, acerqueme a la mesa de Sam.

—Hola, Sam...

—Hola, pequeño...

—Tu acción de hoy ha sido generosa.

—Es una vergüenza tratar así a una muchacha.

—¿Tú la conoces?
—¿Aunque no la conociera! Además, es la hija de Morgan, el Viejo.

—Yo palidecí, levantándome del asiento.

—¿La hija de Morgan, el Viejo?

—Sí — repitió San conmovido. — La hija de Morgan, el Viejo, el capitán de la Inverness.

—No sabía que tenía una hija... Y, ¿qué ha sido de él?

—Es una historia larga. Yo he trabajado con él. Yo he sido amigo suyo. Yo lo admiraba mucho.

—Está bien; cierra el pico y escucha.

Tuvimos que abandonar el Avon. Poco después nos instaláramos en el fondo de Las Naciones, de Viamonte y Paseo de Julio.

VI
Eran las dos de la mañana.

—Morgan, el Viejo — comenzó Sam — tenía mala fama en Cuba, en Nueva York, en Valparaíso. Pero era fuerte y temerario, sobrio y generoso con algunos camaradas y muy señor de su barco. Corrían leyendas acerca de él. Muertes extrañas, duelos terribles, amores e endiablados. Nunca quise averiguar. Últimamente realizaba con la Inverness frecuentes viajes desde Papeto y otras islas del Pacífico a Valparaíso. Allí descargaba, al parecer, tan sólo especias y algunas maderas raras y otras cosas que a nadie preocupaban. Lo extraño de Morgan, el Viejo, era que su barco quedaba bastante tiempo anclado en Valparaíso. Morgan lo dejaba al cuidado del segundo, Smith, y bajaba a Buenos Aires, donde todo el mundo lo perdía de vista. Sus camaradas preguntaban: "¿Qué hará Morgan en Buenos Aires? ¿En qué gastará su dinero?" Un día Smith acompañó a Morgan a Buenos Aires. Se dijo después en Valparaíso que ambos habían disputado, en esta ciudad a causa de una mujer... Lo cierto es que en La Carolina, bodegón de la costa chilena, Morgan, el Viejo, volvió a encontrarse con Smith. Me cuentan que fue una pelea feroz. Morgan, el Viejo, quedó con la cara ensangrentada, pero a Smith hubo que sacarlo en camilla. Al día siguiente la Inverness partió. Diez horas después el barco de Morgan, el Viejo, era detenido por orden de la Prefectura de Valparaíso. A Morgan lo desembarcaron engrillado.

VII
—¿Qué había pasado? — preguntó Sam. — Algo verdaderamente increíble. Smith había delatado al capitán, relatando lo siguiente al jefe de policía: Morgan, en combinación con un funcionario chileno, hacía ocho años que traía a Valparaíso contrabando de opio, y lo que es verdaderamente terrible, mujeres de las islas del Pacífico, que vendía a precio de oro. Estas infelices viajaban escondidas en la bodega del barco. Se cuenta de mujeres asesinadas durante los viajes y de nativos que habían sido embarcados con engaños por unos dólares, y luego arrojados al mar. Yo no quise creer. Pero, casualmente me hallaba en Valparaíso la siguiente noticia de policía: "Morgan, alias el Viejo, el feroz contrabandista apesadado últimamente, huyó de la cárcel ayer a las 11 de la noche. Armado de un revólver se dirigió a La Carolina en busca del antiguo segundo comandante de su velero Inverness, llamado Smith. Este, al verlo, trató de huir, pero rápidamente Morgan le disparó dos balazos mortales. Morgan huyó, perseguido por el dueño de La Carolina y algunos parroquianos, pero, en la esquina, se paró a adquirir un balazo. Entre sus ropas encontraron una carta dirigida a su hija, Edith Morgan, alumna del colegio de las Hermanas, de Buenos Aires.

VIII
—Bien — terminó el negro Sam con los ojos llorosos. — Edith fue encontrada. Le entregaron la carta. Algún indiscreto policia le contó la verdadera historia de su padre, recibiendo del Banco una espléndida fortuna, la fortuna que su padre había acumulado para ella, a base de contrabando de opio y de mujeres... A los pocos días de salir del colegio, Edith se hizo salvacionista. Fundó el refugio Salva tu alma y tu corazón. Desde ese momento, Edith, la hija de Morgan, el Viejo, es una santa, una verdadera santa, pequeño.

Salimos de Las Naciones a la madrugada.

No pude dormir. Sentía una opresión en el pecho.

Al día siguiente, por la noche, concurrí al refugio. Estuve dos horas esperando en la puerta, hasta que llegó la muchacha. Me miró, se detuvo un instante frente a mí, sin decirme nada. Después se sentó detrás del pupitre. Las notas del órgano, como pájaros fatigados, llenaban de lentos aleteos aquella casa piadosa. Me quedé con la cara pegada al vidrio, hasta que Edith salió a la calle y me dijo:

—Pase usted. No me hicie rogar. Y entré.



EN la parte meridional de la costa rusa del mar Caspio, se eleva una de las ciudades más viejas del Oriente, Bakú, que da su nombre a la región situada entre el Daghestan, Elisabethpol y la provincia persa de Azerbaidjan.

En el año 1905, el panorama de Bakú era bien distinto al cuadro lánguido y voluptuoso del Oriente nos ha trazado Pierre Loti. Por sus calles pululaban tártaros, armenios, rusos, persas y judíos, prestos a dirimir sus contiendas salvajes, por medio de horribles matanzas. La ciudad negra, con su cielo cuadrado por las altas torres del petróleo, se componía de siniestros barracones, perpetuamente húmedos, donde de a tres en cada cama dormían obreros que debían trabajar de sol a sol por un jornal miserable y a los cuales estaba interdicho el casarse.

Los persas permanecían sólo unos años trabajando en el petróleo, hasta reunir una cantidad que les permitía adquirir una casa en Bakú. Los nómadas bajaban a engancharse a los pozos para retornar prontamente a sus aldeas, con fama de sabios.

Tal confusión de pequeños

dialectos reinaba en las tribus daghestanas, que bastaba saber el idioma de Azerbaidjan para ser admirado entre los nómadas.

Sólo los obreros rusos comenzaban a protestar por la iniquidad del trato a que se los tenía sometidos. Y no había de pasar mucho tiempo sin que, mediante esfuerzos heroicos, tuvieran un órgano de combate, "El Obrero de Bakú", cuyo redactor en jefe era un georgiano, que había abandonado la carrera de sacerdote. Huyendo de los soldados del zar, dispuso de haber permanecido prisionero en Siberia, Yodoph Deschugaschwilli llegó hasta Bakú. El georgiano así llamado era nada menos que el formidable caudillo que después adoptó el nombre de Stalin.

En medio de este ambiente de opresión y de lucha, nació Essad Bey, hijo de uno de los tantos poderosos dueños de petróleos que se habían enriquecido impensadamente al adquirir, por un puñado de monedas, terrenos que después costarían millones.

Ya en el destierro, desalojado por la revolución comunista, Essad Bey escribió una obra intensa, "Petróleo y sangre en Oriente", donde relata los hechos de su feo testigo desde su infancia. Las peleas en masa entre mahometanos, judíos y armenios eran frecuentes. La zona arenosa que separaba de Bakú a la ciudad del petróleo estaba poblada de bandos armados, que despojaban y asesinaban a los viajeros, al extremo de que los dueños de los pozos no se aventuraban a visitar sus posesiones sin una buena escolta.

Es curioso como esa especie de guardia pretoriana se contrataba. Cuando un dueño de zonas petrolíferas carecía de ella, no le faltaba nunca el ofrecimiento de algún caudillo nómada para hacerse cargo del difícil puesto. Si este ofrecimiento, que era hecho en forma humilde, diciéndole al poderoso señor que corría peligro su vida, era rechazado, el mismo caudillo se encargaba de asesinar al señor, lamentándose luego en la plaza pública de la ligereza del muerto que, no obstante sus advertencias, se había negado a contratar sus leales servicios.

Si, por el contrario, se confiaba al nómada la formación de la escolta, éste se convertía en un modelo de fidelidad. Defensa incluso con su vida a su patrón, no vacilaba en aplicar torturas a un sinnúmero de obreros hasta averiguar quién era el culpable del incendio de algún pozo y tomaba parte activa en todas las reyertas de su amo, combatiendo contra otras guardias rivales y solucionando a mano armada sus rencores, venganzas y discusiones.

Los amos del petróleo llevaban una vida suntuosa e inútil. Acumulaban riquezas tan sin objeto que uno de ellos, llevado por un capricho, hizo cubrir de láminas de oro un palacio, cuando los ingenieros y arquitectos le hubieron demostrado, trabajosamente, que era imposible construir una residencia en su totalidad con ese metal.

Llegaban a ricos usando una táctica inescrupulosa, mitad occidental, mitad oriental. La mayoría, antes de ser propietarios, habían sido vagabundos, con-

REBELION DE LEPROSOS

trabandistas, conepiradores o handoleros. Uno de ellos, Riza, llegó a conectar tubos a los de un vecino. Descubrió el hecho, los magnates del petróleo, a los que les parecía bien cualquier cosa, menos robarse entre sí, se enfurecieron. El gobierno intervino, clausurando la explotación de Riza. Los magnates no se conformaron, solicitando se le aplicara la pena de muerte. Entonces corrió la noticia de que Riza se había suicidado en la cárcel. Los hijos pidieron el cadáver y lo enterraron con mucha pompa, reabriendo la productiva industria, ya que no se le podía hacer culpables de la acción de su padre.

Diez años más tarde, Essad Bey tropezó en París con Riza, el suicida. Este le explicó cómo había sobornado al director de la cárcel, quien le había suministrado un cadáver cualquiera, al que a través de las sienes de un balazo, vistiéndolo luego con sus ropas. Después huyó a Eu-

ropa, dejando el negocio en manos de sus hijos, que le enviaban una buena renta.

Haciendo amistades con honorables bandidos, conociendo las amplias estepas de Turquía, donde aun persiste el recuerdo del espantoso caudillo Timur, que levantó altas pirámides, haciendo lapidar vivos a sus prisioneros, visitando el último de los templos de los adoradores del fuego, que queda en Azerbaidjan, presenciando innumerables peleas callejeras y numerosas huelgas sangrientas, trascurrió la vida de Essad Bey hasta el año 1918, en que llegó hasta Bakú la ola desatada por la revolución rusa.

Para restituirle se formó, entre los hijos de las mejores familias, la llamada "división de los salvajes", famosa porque sus soldados tenían la rara habilidad de desgarrar a dentelladas las gargantas de sus enemigos.

Se proponían sus componentes limpiar de soldados rusos a Bakú, pues la mayoría de ellos se habían convertido al comunismo.

Los armenios nacionalistas, a

prosos podían curarse, tener hijos, cultivar sus huertas; pero, incluído para enterrar a sus muertos, se tenían que arreglar con sus propios recursos.

La guardia encargada de cuidarlos, huyó, temiendo que, de un momento a otro, llegaran los armenios para pasarlos a cuchillo. Moviéndose por la falta de alimentos, se organizó entonces la horda de far más terrible que haya pisado la tierra, en tren de combate. Todos los que aun no se hallaban imposibilitados, formaron en las horribles filas de ataque. Un jefe fué el elegido y avanzó sobre los campos yermos aquella visión del Apocalipsis.

Los leprosos de Bakú se dedicaron a saquear las aldeas vecinas. Nadie se atrevía a oponerles resistencia. Los habitantes huían, estremecidos, ante esa falange infernal, capaz de difundir una muerte siniestra con el solo poder de sus lagus supurantes.

Todos los que aun podían caminar, habían abandonado el lazareto. Formaban las filas del extraño ejército de pesadilla los atacados de lepra mutilante, con las narices rotas y los brazos terminados en informes muñones; los niños leprosos, con aspecto de viejos y rostros increíbles; los que padecían lepra tuberculosa, con la cabeza monstruosamente desarrollada, cubierta de manchas y tubérculos irregulares y los que se arrastraban apenas, padeciendo lo indecible para caminar, corroidos por la lepra nerviosa.

Nadie quería enfrentarse con la pesadilla. Nadie quería rozarse ni siquiera con el aliento mortífero de los componentes del extraño ejército.

El pánico cundía en la ciudad. Cuando ya los leprosos estaban cerca de la capital y se desesperaba de detener la invasión, el gran caudillo Kaschi se aprestó a luchar contra ellos.

Pero Kaschi no podía reunir suficientes tropas, dispuestas a librar el extraño combate. El miedo a la muerte no es nada comparado al temor del contagio. El gobierno, para estimular su celo, le nombró ministro de Salud Pública.

Kaschi, por fin, consiguió reunir cien soldados y diez ametralladoras. Al frente de este reducido contingente, avanzó valerosamente hacia las afueras de la ciudad. Su acción era realmente heroica, pues, según los rumores, el ejército de leprosos estaba compuesto por diez mil enfermos, perfectamente armados.

La realidad era muy otra. Kaschi enfrentó a una no muy compacta columna provista de armas muy primitivas. Los leprosos, en cuanto vieron que les iban a presentar batalla, prefirieron evitar la lucha, enviando parlamentarios para tratar las condiciones de paz.

En cuanto éstos se desprerrieron de la columna, Kaschi ordenó hacer fuego con ametralladoras. En menos de un cuarto de hora no quedaba un leproso con vida.

Kaschi, para terminar del todo su obra de saneamiento, mandó incendiar las aldeas que los leprosos habían conquistado. Algunos incendios dispersos y cuerpos inmundos, tendidos sobre la arena sin fin del desierto, fueron el epílogo de la primera rebelión de leprosos que la humanidad recuerda.

Raúl González Tuñón

Ulyses Petit de Murat

HISTORIA UNIVERSAL DE LA INFAMIA

El Espantoso Redentor Lázarus Morell

EN 1517, el P. Bartolomé de las Casas tuvo mucha lastima de los indios que se extenuaban en los laboriosos infanzones de las minas de oro antillanas, y propuso al emperador Carlos V la importación de negros, que se extenuaban en los laboriosos infanzones de las minas de oro antillanas.

A esa ocurrencia variación de un filántropo debemos infinitos hechos: los blues de Handy, el jazz, el éxito logrado en París por el pintor doctor oriental D. Vicente Rossi, el tamaño mitológico de Abraham Lincoln, los quinientos mil y pico de muertos de la Guerra de Secesión, los tres mil trescientos millones gastados en pensiones militares, la estatua del imaginario Falucho, la admisión del verbo linchar en la decimatercera edición del Diccionario de la Academia, el impetuoso film Aleliya, la fornida carga a la bayoneta llevada por Soler al frente de sus Pardos y Morenos en el Cerro, la gracia de la señorita de Tal, el moreno que asesinó Martín Fierro, la rumba El Manicero, el napoleonismo arrestado y encalabrado de Toussaint Louverture, la cruz y la serpiente en Haití, la sangre de las cabras degolladas por el machete del papaloi, la habanera madre del tango, el randome.

Además: la culpable y magnífica existencia del espantoso redentor Lázarus Morell.

El lugar

El Padre de las Aguas, el Mississippi, el río más extenso del mundo, fue el digno teatro de ese incomparable canalla. (Alvarez de Pineda lo descubrió y su primer explorador fue el capitán Hernando de Soto, antiguo conquistador del Perú, que distrajo los meses de prisión del Inca Atahualpa, enseñándole el juego del ajedrez. Murió y le dieron por sepultura sus aguas.)

El Mississippi es río de pecho ancho, como los nuestros; es un infinito y oscuro hermano del Paraná, del Uruguay, del Amazonas y del Orinoco. Es un río de aguas mulatas; más de cuatrocientos millones de toneladas de fango insultan anualmente el Golfo de Méjico, descargadas por él. Tanta basura venerable y antigua ha construido un delta, donde los cipreses gigantes de los pantanos crecen de los despojos de un continente en perpetua disolución, y donde laberintos de barro, de pescados muertos y cañas, dilatan las fronteras y la paz de aquel fétido imperio. Más arriba, a la altura del Arkansas y del Ohio, se alargan tierras bajas también. Las habita una estirpe amarillenta de hombres escualdos, propensos a la fiebre, que miran con avidez las piedras y el hierro, porque entre ellos no hay otra cosa que arena y leña y agua turbia.

Los hombres

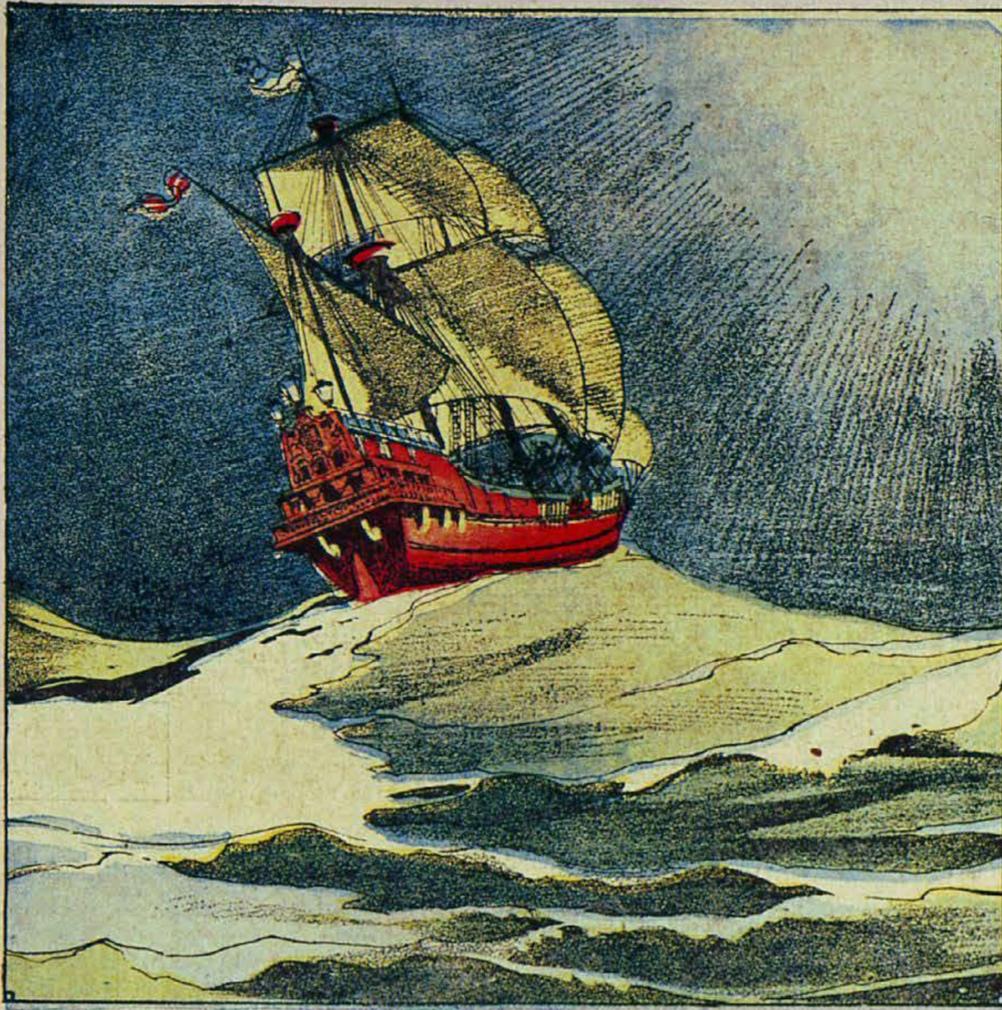
A principios del siglo diecinueve (la fecha que nos interesa), las vastas plantaciones de algodón que había en las orillas eran trabajadas por negros, de sol a sol. Dormían en cabinas de madera, sobre el piso de tierra. Fuera de la relación madre-hijo, los parentescos eran convencionales y turbios. Nombres tenían, pero podían prescindir de apellidos. No sabían leer. Su entreciada voz de falsate canturreaba un inglés de lentas vocales. Trabajaban en filas, encorvados bajo el rebenque del capataz. Hulan, y hombres de barba entera saltaban sobre hermosos caballos y los trastraban fuertes perros de presa.

A un sedimento de esperanzas bestias y miedos africanos habían agregado las palabras de la Escritura: su fe por consiguiente era la de Cristo. Cantaban, hondas y en montón: Go down Moses. El Mississippi les servía de magnífica imagen del sordido Jordán.

Los propietarios de esa tierra trabajadora y de esas negradas eran ociosos y ávidos caballeros de melena rumbosa, que habitaban en largos caserones que miraban al río — siempre con un pórtico pseudo griego de pino blanco. Un buen esclavo les costaba mil dólares y no duraba mucho. Algunos cometían la ingratitude de enfermarse y morir. Había que sacar de esos tarabancos el mayor rendimiento. Por eso no querían de las fincas una cosecha anual de algodón o tabaco o azúcar. La tierra, fatigada y mansosa por esa cultura impaciente, quedaba en pocos años exhausta; el desierto confuso y embarrado se metía en las plantaciones. En las chacras abandonadas, en los suburbios, en los cañaverales apretados y en los lodazales abyectos, vivían los poor whites, la canalla blanca. Eran pescadores, vagos cazadores, cuateros. De los negros solían mendigar pedazos de comida robada y mantenían en su postoración un orgullo: el de la sangre sin un tizne, sin mezcla. Lázarus Morell fue uno de ellos.

El hombre

Los daguerrotipos de Morell que suelen publicar las revistas americanas, no son auténticos. Esa carencia de genuinas efígies de hombre tan memorable y famoso, no debe ser casual. Es verosímil suponer que Morell se negó a la placa bruniada; esencialmente para no dejar inútiles rastros, de paso para alimentar su misterio... Sabemos



Alvarez de Pineda lo descubrió. (Dibujo de Premiani)

sin embargo, que no fue agraciado de joven y que los ojos demasadamente cercanos y los labios lineales no predisponían en su favor. Los años, luego, le confirieron esa peculiar majestad que tienen los canallas encanecidos, los criminales venturosos e impanes. Era un caballero antiguo del Sur, pese a la niñez miserable y a la vida infanzona. No desconocía las Escrituras y predicaba con singular convicción. "Yo lo vi a Lázarus Morell en el pilón", anota el dueño de una casa de juego en Baton Rouge, Louisiana, "y escuché sus palabras edificantes y vi lágrimas acudir a sus ojos. Yo sabía que era un adúltero, un ladrón de negros y un asesino en la faz del Señor, pero también mis ojos lloraron".

Otro buen testimonio de esas efusiones sagradas es el que proporciona el mismo orador. "Abrí al azar la Biblia, di con un conveniente versículo de San Pablo y prediqué una hora y veinte minutos. Tampoco malgastaron ese tiempo Crenshaw y los compañeros, porque se arrearon todos los caballos del auditorio. Los vendidos en el Estado de Arkansas, salvo un colorado muy brioso que reservé para mi uso particular, a Crenshaw le agradaba también, pero yo le hice ver que no le servía".

Los caballos robados en un Estado y vendidos en otro fueron apenas una digresión en la carrera delincente de Morell pero figuraron el método que ahora le asegura su buen lugar en la Historia Universal de la Infamia. Este método es único, no solamente por las circunstancias "sui generis" que lo determinaron, sino por la abyección que requiere, por su fatal manejo de la esperanza y por el desarrollo gradual, semejante a la atroz evolución de una pesadilla. Al Capone y Bugs Moran operan con ilustres capitales y con ametralladoras serviles en una gran ciudad, pero su negocio es común. Se disputan un monopolio, eso es todo. En cuanto a

cifras de hombres, Morell llegó a comandar unos mil, todos juramentados. Doscientos integraban el Consejo Alto, y este promulgaba las órdenes que los restantes ochocientos cumplían. El riesgo recaía en los subalternos. En caso de rebelión, eran entregados a la justicia o arrojados al río corriente de aguas pesadas, con una segura piedra a los pies. Eran con frecuencia mulatos. Su facinorosa misión era la siguiente:

Recorrían — con algún momentáneo lujo de anillos, para inspirar respeto — las vastas plantaciones del Sur. Elegían un negro desdichado y le proponían la libertad. Le decían que huera de su patrón, para ser vendido por ellos una segunda vez, en alguna finca distante. Le darían entonces un porcentaje del precio de su venta y lo ayudarían a otra evasión. Lo conducían después a un Estado libre, Dinero y libertad, dólares resonantes de plata con libertad; ¿qué mejor tentación iban a ofrecerle? El esclavo se atrevía a su primera fuga.

El natural camino era el río. Una canoa, la cala de un vapor, un lanchón, una gran balsa como un cielo con una casita en la punta o con elevadas carpas de lona; el lugar no importaba; sino el saberse en movimiento, y seguro sobre el infatigable río... Lo vendían en otra plantación. Hacia otra vez a los cañaverales o a las barrancas. Entonces los terribles bienhechores (de quienes empezaba ya a desconfiar) aducían gastos oscuros y declaraban que tenían que venderlo una última vez. A su regreso le darían el porcentaje de las dos ventas y la libertad. El hombre se dejaba vender, trabajaba un tiempo y desafiaba en la última fuga el riesgo de los perros de presa y de los azotes. Regresaba con sangre, con sudor, con desesperación y con sueño.

El Homicidio, por Erik Wickenburg

COMO venido de muy lejos, del infinito, el cerco se acercaba a la casa; en sus matorrales de haya recortada, el follaje era tan tupido, que desde la calle contigua no se podía percibir, del interior del jardín, ni el espesor de un dedo. El cerco terminaba en el ángulo de la casita; en el momento de tocar el muro se encorvaba un poco, dejando sitio, en su seno, a un manzano.

Detrás del cerco y debajo del árbol, estaba la ventana de Coriolán. Por la noche, desde su pjequita, oía caer las manzanas, en gotas pesadas. Pero cuando buscaba, a la madrugada, la fruta que debía rodar por el césped, ni una sola brizna de hierba estaba curvada, en el suelo; y las manzanas habían desaparecido.

Coriolán tenía un perro; regularmente, al regreso de sus excursiones por la vecindad, iba a rascar en la puerta y le abrían más pronto que a cualquiera. Coriolán respetaba la inteligencia del animal y se esforzaba en testimoniarle mucha delicadeza.

Al declinar la tarde, como su amo estaba abismado en sus libros, el perro golpeó suavemente contra la puerta. Furibundo, el animal se precipitó hacia la ventana, para descubrir con sus aullidos a unos chiquilines que, en puntas de pie, daban vueltas alrededor del árbol frutal.

— ¿Qué están haciendo ahí? — preguntó Coriolán con tono severo, aunque sabía muy bien lo que hacían allí.

Dos niños se escaparon saltando la larga valla, y una vez seguros, se burlaron de su interloco. El tercero, un muchachito rubio con cara de ratero, que le daba un aspecto viejo como de hipúptense, se quedó, se dio vuelta y, con toda tranquilidad, dijo:

— Recogemos manzanas.

— ¿Quién les ha dado permiso? — interrogó Coriolán, preguntándose si, en el fondo, sus arribantes, buenos campesinos, le habrían dado autorización a los niños.

El chiquilín no respondió, y la totalidad de las preguntas fue liquidada con un silencio.

Coriolán echó de más energía aparente; sin embargo, toda esta escena le parecía conocida, haberla ya vivido. Sus manos se acordaron de los mismos gestos autoritarios que habían hecho en otros tiempos, cuando todavía no era más que una criatura. Fue igualmente temblorosa, ambigua y aparentemente severa, la misma pregunta formulada en otra época, en ese mismo jardín, por sus labios de niño. Sus dedos se acordaron de la pequeña honda de goma, que le servía, cuando muchacho, de arma, contra los malos enemigos; con el olor húmedo del aire de la tarde y de las castañas amarillentas, una felicidad indecible se apoderaba de él. Quería tener, era preciso, que tuviese una honda para enseñar a los muchachos malvados a no robar, y acías a los excelentes proyectiles que son las castañas. Como obligado, tomó su espina, se fue a un bazar, eligió una honda feroz y, con una habilidad progresiva, se ejerció en tirar.

trueno sordo que conmovió el mundo y que, si no fue por la humanidad entera, lo fue seguramente por Dios, allá arriba.

Sin movimiento, Coriolán estaba en su ventana, como herido del mismo por el rayo; clavado en el sitio, no se atrevía a respirar, y no pensaba en acudir en socorro de un ser involuntariamente abatido. Al final de un largo momento, que no había durado más que algunos minutos, se enderezó, miró hacia el jardín — el cuerpo estaba siempre allí, inmóvil — se aseguró de que nadie pudo verla desde la calle, tomó rápidamente su sombrero y quiso dar la vuelta a la casa, para correr al lado de su víctima.

Pero en la puerta del establo encontró a la hija del quintero, que le gustaba bromear. No tuvo, pues, más remedio que dar la impresión de una alegría sin mezcla, para no despertar sospechas. La desgracia quiso que una campesina se acercara. Las dos mujeres entablaron una larga charla, y le fue imposible dar vuelta a la casa. Se esforzó en saber si ese día no precisaban frutas, si no iban a preparar, por casualidad, algún pastel de manzanas, y, después de acariciar el lomo de la vaca, volvió a su pieza.

Bajo el árbol, el suelo estaba siempre cubierto por un fruto mal madurado, caído demasiado pronto. Ya Coriolán sentía que el cadáver se acercaba a él en silencio; ya oía el diálogo que iban a tener. Como un loco, corrió desde su habitación hasta la posada, donde todos los días se reunía con varios hombres buenos. Hoy, una solemnidad particular los reunía; un tratante de ganado, un fanfarrón, estaba en tren de proclamar oficialmente que se celebraba el aniversario de la patrona. Coriolán, agraciado, bebió a su salud, y su corazón doloroso le decía que, pocos instantes antes, contaba entre aquellos hombres buenos, pero que acababa de separarse de ellos. Tuvo la sensación de haber sido mutilado por alguna sentencia; cuando le hablaron de los acontecimientos de la semana próxima, él sonrió amargamente. Como si fuese a morir al día siguiente por la

La libertad final

Falta considerar el aspecto jurídico de estos hechos. El negro no era puesto a la venta por los sicarios de Morell hasta que el dueño primitivo no hubiera denunciado su fuga y ofrecido una recompensa a quien lo encontrara. Cualquiera entonces lo podía retener, de suerte que su venta ulterior era un abuso de confianza, no un robo. Recurrir a la justicia civil era un gasto inútil, porque los daños no eran nunca pagados.

Todo eso era lo más tranquilizador, pero no para siempre. El negro podía hablar; el negro, de puro agradecido o infeliz, era capaz de hablar. Unos jarros de whisky de centeno en el prostíbulo de El Cairo, Illinois, donde el hijo de perra nacido esclavo iría a malgastar esos pesos fuertes que ellos no tenían por qué darle, y se le derramaba el secreto. En esos años, un Partido Abolicionista agitaba el Norte, una turba de locos peligrosos que negaban la propiedad y predicaban la liberación de los negros y los incitaban a huir. Morell no iba a dejarse confundir con esos anarquistas. No era un yankee, era un hombre blanco del Sur, hijo y nieto de blancos, y esperaba retirarse de los negocios y ser un caballero y tener sus leguas de algodón y sus inclinadas filas de esclavos. Con su experiencia, no estaba para riesgos inútiles.

El prófugo esperaba la libertad. Entonces los mulatos nebulosos de Lázarus Morell se transmitían una orden que podía no pasar de una seña y lo libraban de la vista, del oído, del tacto, del día, de la infamia, del tiempo, de los bienhechores, de la misericordia, del aire, de los perros, del universo, de la esperanza, del sudor y de él mismo. Un balazo, una puntalada baja o un golpe, y las tortugas y los barbos del Mississippi recibían la última información.

La catástrofe

Servido por hombres de confianza, el negocio tenía que prosperar. A principios de 1834, unos setenta negros habían sido "emancipados" ya por Morell, y otros se disponían a seguir a esos precusores dichosos. La zona de operaciones era mayor y era obligatorio admitir nuevos afiliados. Entre los que prestaron el juramento había un muchacho, Stewart, de Arkansas, que se destacó muy pronto por su crueldad. Este muchacho era sobrino de un caballero que había perdido muchos esclavos. En agosto de 1834, rompió su juramento y dejó a Morell y a los otros en Nueva Orleans, en Nueva Orleans fue cercada por la justicia. Morell, por una imprudencia o un soborno, pudo escapar.

Tres días pasaron. Morell estuvo escondido ese tiempo en una casa antigua, de patios con enredaderas y estatuas, de la calle Toulouse. Parece que se alimentaba muy poco y que solía recorrer descalzo y tranquilo las grandes habitaciones oscuras, fumando pensativos cigarrillos. Por un esclavo de la casa remitió dos cartas a la ciudad de Natchez y otra a Red River. El cuarto día entraron en la casa tres hombres y se quedaron discutiendo con él hasta el amanecer. El quinto, Morell se levantó cuando oscurecía y pidió una navaja y se rasuró cuidadosamente la barba. Se vistió y salió. Atravesó con lenta seriedad los suburbios del Norte. Ya en pleno campo, orillando las tierras bajas del Mississippi, caminó más ligero.

Su plan era de un coraje borracho. Era el de aprovechar los últimos hombres que todavía le debían reverencia; los serviles negros del Sur. Estos habían visto huir a sus compañeros y no los habían visto volver. Creían, por consiguiente, en su libertad. El plan de Morell era una sublevación total de los negros, la toma y el saqueo de Nueva Orleans y la ocupación de su territorio. Morell, despenado y casi deshecho por la traición, meditaba una respuesta continental: una respuesta donde lo criminal se exaltaba hasta la redención y la historia. Se dirigió con ese fin a Natchez, donde era más profunda su fuerza. Copio su narración de ese viaje:

"Caminé cuatro días, antes de conseguir un caballo. El quinto hice alto en un riachuelo para abastecerme de agua y sestear. Yo estaba sentado en un leño, mirando el camino andado esas horas, cuando vi acercarse un jinete en un caballo oscuro de buena estampa. En cuanto lo avisté, determiné quitarle el caballo. Me paré, le apunté con una hermosa pistola de rotación y le di el orden de apearse. La ejecución y yo tomé en la zurda las riendas y le mostré el riachuelo y le ordené que fuera caminando delante. Caminó unas docientas varas y se detuvo. Manté el caballo y al hombre le ordené que se desnudara. Me dijo: "Ya que está resuelto a matarme, déjeme rezar antes de morir". Le respondí que no tenía tiempo de oír sus oraciones. Cayó de rodillas y le descerrajé un balazo en la nuca. Le abí de un tajo el vientre, le arranqué las vísceras y le hundí en el riachuelo. Luego recorrí los bolsillos y encontré cuatrocientos dólares con treinta y siete centavos y una cantidad de papeles que no me demoré en revisar. Sus botas eran nuevas, flamantes, y me quedaban bien. Las mías, que estaban muy gastadas, las hundí en el riachuelo.

Así obtuve el caballo que precisaba, para entrar en Natchez".

La interrupción

Morell capitaneando puebladas negras que soñaban ahorcarlo, Morell ahorcado por ejércitos negros que soñaban capitanearlo — me duele confesar que la historia del Mississippi no pudo aprovechar esas oportunidades suntuosas. Contrariamente a toda justicia poética (o simetría poética) tampoco el río de sus crímenes fue su tumba. El día de enero de 1835, Lázarus Morell falleció de una congestión pulmonar en el hospital de Natchez, donde se había hecho internar bajo el nombre de Silas Buckley. Un compañero de la sala común lo reconoció. El mismo día y el cuatro, quisieron sublevarse los esclavos de ciertas plantaciones, pero los reprimieron sin mayor efusión de sangre.

JORGE LUIS BORGES



...O arrojados al río corriente...



Y tener inclinadas filas de esclavos

El Degollador de Fantasma



Hay un hotel de prestigio en todas las grandes ciudades. Un hotel que puede llegar a ser superado en comodidades, lujo, servicio y demás cualidades de un hotel, pero que continuará siendo siempre un hotel de prestigio, un hotel que tiene la tradición, el prestigio de la ciudad a que pertenece. Tal el caso del Grand Hotel, de Mendoza.

El Grand Hotel de Mendoza estaba ubicado frente mismo a la Plaza General San Martín, en el radio más céntrico de la ciudad, dominando el panorama edilicio más respetado por los nativos y también ese prestigioso por los forasteros. Con el tiempo el Grand Hotel dejó de ser el más importante hotel de la ciudad, llegó también a no ser más un hotel — una simple casa desahogada — pero aún continúa siendo para Mendoza el Grand Hotel, el más prestigioso de los hoteles de Mendoza.

¿Y qué más estrictamente necesario para el prestigio de un hotel que se precie de tal que una tradición de misterio, una leyenda, un algo que haga, a través de los sucesivos relatos de maitres y mozos, recordar a los clientes nuevos, las grandezas y los extraordinarios sucesos que presenciaron los viejos clientes?

El Grand Hotel de Mendoza tenía también ese estrictamente necesario prestigio. Había en su larga tradición una tradición de misterio. Era el misterio de la habitación número 8.

Generalmente el misterio que pueda haber a la habitación de un hotel, debe corresponder a la habitación número 13.

En el Grand Hotel de Mendoza no ocurría así. Era eso otra de las formas de su enorme prestigio como hotel. La habitación del misterio tenía sobre el marco de la puerta, en una chapa esmaltada un número 13, pero los clientes eran rápidamente informados de que dicha habitación era la número 8, a la que se le había colocado a la chapa número 13, precisamente porque el 13 co-

riendo el misterio del fantasma a una puntual de medianoche. No oír a tanto, el notalero, fiel a la tradición que hacía norma en su casa, se sentía obligado a explicar a cada uno de sus nuevos clientes, cuáles eran los motivos por los cuales la habitación número 8 llevaba el número 13 y por qué esa habitación numerada 13 no era nunca ofrecida a los buenos clientes del hotel.

Coincidiendo con todas las características clásicas del Grand Hotel de Mendoza, un día llegó a él un viajante de comercio, un clásico viajante de comercio, conversador, ocurrente, audaz, escéptico, quien, como era lógico esperarse, una vez enterado de las razones por las cuales permanecía cerrada la habitación que llevaba el número 13, se obstinó de forma, hizo tal género de protestas y reclamaciones, que no hubo otra solución que alojarlo en ella.

Ella iba a decidir indiscutiblemente la suerte del hotel o la suerte del viajante de comercio. Si el viajante de comercio lograba dormir allí toda la noche, el hotel perdería su prestigio de misterio. Si el misterio del fantasma venía al viajante de comercio, sería éste quien perdería su prestigio de escéptico, de audaz, de ocurrente, de conversador y hasta de viajante de comercio.

Lo cierto es que el viajante de comercio se instaló en la habitación número 13, leyó sus acostumbrados contratos de venta y poco después de las 11 de la noche se durmió profundamente.

Mendoza es una ciudad tranquila. Las actividades comerciales terminan a la hora habitual de todas las ciudades comerciales e inmediatamente se apodera de ella la calma. Si es durante la estación estival — como conviene a nuestro relato — por las ca-

das de comercio, ya semicorporado en la cama, lanzó un agudo grito de terror y el grito mismo lo trajo a la realidad. Estaba frente al fantasma. El misterio de la habitación número 13 acababa de presentarse en su anunciada forma de fantasma. Era el momento en que debía jugarse entero, en defensa de su prestigio, aguijoneado por el deseo de ganar su apuesta. Sin mayores dilaciones extrajo de debajo de la almohada el revólver que había previamente colocado allí y apuntando al fantasma disparó los cinco tiros del cargador. El fantasma continuó en el mismo lugar. Uno de los extremos de la mancha blanca se adelantó hacia el medio de la cama y el viajante de comercio pudo ver, ya más acostumbrado a la oscuridad, cómo de ese extremo de la mancha blanca que formaba el fantasma a los pies de la cama saltaban sobre las sábanas los cinco plomos de las balas que momentos antes había disparado. Dio un nuevo grito, más agudo, más terrorífico que el anterior y se desvaneció.

Cuando el viajante de comercio volvió en sí, había numerosas personas a su alrededor, entre ellas algunos empleados uniformados de la policía. Su desmayo se había prolongado tan sólo por espacio de unos minutos, tiempo en el cual había sido violada la cerradura de la habitación, que él, luego de entrar en ella había cerrado con llave. El resto estaba intacto. Sobre la cama los cinco plomos. En el revólver, también sobre la cama, las cinco cápsulas usadas. En las paredes y en el techo no había ningún rastro de perforaciones producidas por las balas.

Había otra puerta en la habitación, que comunicaba con las dependencias del servicio, pero estaba cerrada desde hacía muchos años y lo continuaba aún. El misterio del fantasma continuaba velando a la oscuridad relativa de la habitación. Sin atreverse a apoderarse de mi revólver y teniendo cuidado de hacer puntería, descargué los seis tiros. El fantasma no se inmuto. Permaneció inmóvil unos segundos y — ante mi asombro cada vez mayor — extendió un extremo de su cuerpo informe hacia el medio de la cama, dejando caer uno tras otro los seis plomos de las balas que yo había disparado.

En ese momento hubiera dado el Grand Hotel de Mendoza el número 13, había fabricado, para su uso particular de fantasma medianoche, una doble llave para la cerradura de la puerta que conducía a las habitaciones del servicio. Cuando algún cliente se alojaba allí, antes de que el cliente se retirara a dormir, abría sus valijas, tomaba su revólver, sacaba los plomos de las balas y luego lo colocaba en su lugar. Quedaba así explicada la parte sobrenatural del misterio de la habitación número 13 del Grand Hotel de Mendoza, sobre cuya solución hacen recabar algunos el origen de la decadencia y finalmente clausura del más prestigioso hotel de la ciudad.

El público innumerable de los cinematógrafos dice: "Una cinta de Greta Garbo, de Janet Gaynor"; y vigila con ansiedad el último chisme que con fines exclusivos de publicidad reparten desde Hollywood los profesionales lamentables del "Inter Nos", de las "Instantáneas de la pantalla" y del "No lo repita". Público esencialmente femenino que palidece ante el presunto hijo ya púber de Clark Gable, escruta las cejas, escándalos y pantalones de Marlene, y pesquiza por dónde se perdió la penúltima sonrisa, ¡oh Maurice!, de tu boca batracia. Mientras tanto, los autores primeros y verdaderos de esas obras, del escenario, esa potencia oscura y sucesiva, del diálogo ya perfecto que hay que reproducir solamente, la guía y orden de esas servidumbres de transición, los directores en fin, permanecen en la sombra; y no trasciende de ellos más que tal o cual harata tragedia pasional y judicial.

Es que hay el error opuesto: el que desprecia enteramente la labor considerable de actores y actrices; y olvida que éstos, salvo en las veinte o treinta cintas buenas que conoce hasta ahora el mundo, son efectivamente, aunque con infinitamente menos problemas y menos dignidad, muy superiores al texto interpretado: esto reza sobre todo para el cinematógrafo yanqui, en que el fácil, exacto y variado realismo del actor "standard" completa con felicidad la personalidad sutilísima y poderosa de un Lionel Barrymore, de una Helen Hayes, de un Charles Laughton o de una Sylvia Sydney. Pero este error sólo lo cometen intensivamente los intelectuales o pseudo intelectuales del cinematógrafo: gente sin importancia, que no gusta del cine ni va a él, sino que lee a Gómez de la Serna para opinar del Ratón Mickey, agradece que la trama de una cinta sea enteramente disparatada o nula, y se enfurece ante la "mutilación" de tal o cual film europeo que, cortado y todo, dura tres horas insupportables.

A ti, sólo, lector, que ves todo, lo bueno y lo malo, que interrogas en los diarios cuándo va a mudar de sala y bajar de precio para no perder sus primeras escenas — siempre buenas — a ti para quien cada cinta nueva es un alimento a tu vicio, pero a tu esperanza también, te estoy hablando.

por Ricardo M. Setaro

lo más precioso de mi vida por no encontrarme allí. Sentí que todas mis convicciones positivistas se desmoronaban como una torre de arena y estaba a punto de gritar, pidiendo auxilio, cuando se apoderó de mí una duda. Una idea cruzó mi cerebro como cruzaba la oscuridad de la noche un reflector buscando al avión enemigo y dando un salto fuera de la cama tomé mi sable y grité: "El acero no me lo vas a devolver, granuja". Lo demás ya lo saben ustedes. El fantasma salió corriendo en dirección a la puerta que comunica con las dependencias del servicio. La sábana cayó y cuando la puerta se hubo abierto, de ella no entró la luz de la habitación contigua, divisé claramente la figura del mozo o lavaplatos que hula desesperado. De modo que ya saben, amigos: contra un buen acero, no hay fantasma que valga!



El mozo lavaplatos, que exteriorizaba sus convicciones humorísticas a haciéndose de fantasma de la habitación 8, que llevaba en el mozo 13, había fabricado, para su uso particular de fantasma medianoche, una doble llave para la cerradura de la puerta que conducía a las habitaciones del servicio. Cuando algún cliente se alojaba allí, antes de que el cliente se retirara a dormir, abría sus valijas, tomaba su revólver, sacaba los plomos de las balas y luego lo colocaba en su lugar. Quedaba así explicada la parte sobrenatural del misterio de la habitación número 13 del Grand Hotel de Mendoza, sobre cuya solución hacen recabar algunos el origen de la decadencia y finalmente clausura del más prestigioso hotel de la ciudad.

El público innumerable de los cinematógrafos dice: "Una cinta de Greta Garbo, de Janet Gaynor"; y vigila con ansiedad el último chisme que con fines exclusivos de publicidad reparten desde Hollywood los profesionales lamentables del "Inter Nos", de las "Instantáneas de la pantalla" y del "No lo repita". Público esencialmente femenino que palidece ante el presunto hijo ya púber de Clark Gable, escruta las cejas, escándalos y pantalones de Marlene, y pesquiza por dónde se perdió la penúltima sonrisa, ¡oh Maurice!, de tu boca batracia. Mientras tanto, los autores primeros y verdaderos de esas obras, del escenario, esa potencia oscura y sucesiva, del diálogo ya perfecto que hay que reproducir solamente, la guía y orden de esas servidumbres de transición, los directores en fin, permanecen en la sombra; y no trasciende de ellos más que tal o cual harata tragedia pasional y judicial.

Es que hay el error opuesto: el que desprecia enteramente la labor considerable de actores y actrices; y olvida que éstos, salvo en las veinte o treinta cintas buenas que conoce hasta ahora el mundo, son efectivamente, aunque con infinitamente menos problemas y menos dignidad, muy superiores al texto interpretado: esto reza sobre todo para el cinematógrafo yanqui, en que el fácil, exacto y variado realismo del actor "standard" completa con felicidad la personalidad sutilísima y poderosa de un Lionel Barrymore, de una Helen Hayes, de un Charles Laughton o de una Sylvia Sydney. Pero este error sólo lo cometen intensivamente los intelectuales o pseudo intelectuales del cinematógrafo: gente sin importancia, que no gusta del cine ni va a él, sino que lee a Gómez de la Serna para opinar del Ratón Mickey, agradece que la trama de una cinta sea enteramente disparatada o nula, y se enfurece ante la "mutilación" de tal o cual film europeo que, cortado y todo, dura tres horas insupportables.

A ti, sólo, lector, que ves todo, lo bueno y lo malo, que interrogas en los diarios cuándo va a mudar de sala y bajar de precio para no perder sus primeras escenas — siempre buenas — a ti para quien cada cinta nueva es un alimento a tu vicio, pero a tu esperanza también, te estoy hablando.

Y te estoy hablando de Ernest Lubitsch. Del más grande director que haya habido.

Es, ante todo, el más variado. Mientras otros talentos notorios — Sternberg, Borzage — sólo tratan temas semejantes o equivalentes — siempre buenos — a ti para quien cada cinta nueva es un alimento a tu vicio, pero a tu esperanza también, te estoy hablando.

Y te estoy hablando de Ernest Lubitsch. Del más grande director que haya habido.

El Grand Hotel de Mendoza el número 13, había fabricado, para su uso particular de fantasma medianoche, una doble llave para la cerradura de la puerta que conducía a las habitaciones del servicio. Cuando algún cliente se alojaba allí, antes de que el cliente se retirara a dormir, abría sus valijas, tomaba su revólver, sacaba los plomos de las balas y luego lo colocaba en su lugar. Quedaba así explicada la parte sobrenatural del misterio de la habitación número 13 del Grand Hotel de Mendoza, sobre cuya solución hacen recabar algunos el origen de la decadencia y finalmente clausura del más prestigioso hotel de la ciudad.



El público innumerable de los cinematógrafos dice: "Una cinta de Greta Garbo, de Janet Gaynor"; y vigila con ansiedad el último chisme que con fines exclusivos de publicidad reparten desde Hollywood los profesionales lamentables del "Inter Nos", de las "Instantáneas de la pantalla" y del "No lo repita". Público esencialmente femenino que palidece ante el presunto hijo ya púber de Clark Gable, escruta las cejas, escándalos y pantalones de Marlene, y pesquiza por dónde se perdió la penúltima sonrisa, ¡oh Maurice!, de tu boca batracia. Mientras tanto, los autores primeros y verdaderos de esas obras, del escenario, esa potencia oscura y sucesiva, del diálogo ya perfecto que hay que reproducir solamente, la guía y orden de esas servidumbres de transición, los directores en fin, permanecen en la sombra; y no trasciende de ellos más que tal o cual harata tragedia pasional y judicial.

Es que hay el error opuesto: el que desprecia enteramente la labor considerable de actores y actrices; y olvida que éstos, salvo en las veinte o treinta cintas buenas que conoce hasta ahora el mundo, son efectivamente, aunque con infinitamente menos problemas y menos dignidad, muy superiores al texto interpretado: esto reza sobre todo para el cinematógrafo yanqui, en que el fácil, exacto y variado realismo del actor "standard" completa con felicidad la personalidad sutilísima y poderosa de un Lionel Barrymore, de una Helen Hayes, de un Charles Laughton o de una Sylvia Sydney. Pero este error sólo lo cometen intensivamente los intelectuales o pseudo intelectuales del cinematógrafo: gente sin importancia, que no gusta del cine ni va a él, sino que lee a Gómez de la Serna para opinar del Ratón Mickey, agradece que la trama de una cinta sea enteramente disparatada o nula, y se enfurece ante la "mutilación" de tal o cual film europeo que, cortado y todo, dura tres horas insupportables.

A ti, sólo, lector, que ves todo, lo bueno y lo malo, que interrogas en los diarios cuándo va a mudar de sala y bajar de precio para no perder sus primeras escenas — siempre buenas — a ti para quien cada cinta nueva es un alimento a tu vicio, pero a tu esperanza también, te estoy hablando.

Y te estoy hablando de Ernest Lubitsch. Del más grande director que haya habido.

Es, ante todo, el más variado. Mientras otros talentos notorios — Sternberg, Borzage — sólo tratan temas semejantes o equivalentes — siempre buenos — a ti para quien cada cinta nueva es un alimento a tu vicio, pero a tu esperanza también, te estoy hablando.

Y te estoy hablando de Ernest Lubitsch. Del más grande director que haya habido.

Nuestro venerado colega, el "Times" semanal, dice en su número del 15 de junio: Los franceses son afamados por su galantería; el árbol para ellos es femenino, etcétera, etcétera. Una suntuosa trinidad de errores se ha congegado ahí. Primero, la galantería más auténtica no reside en flirtear con un eucalipto o en invitar a una confitería a un eiprés o en adquirir zapatos de lamé para el palo borracho; segundo, el género gramatical notoriamente carece de "sex-appeal" y muy pocos varones se enternecen ante "una" draga; tercero — ¡oh leves riesgos de entender el francés y no olvidar el latín! — "arbre" es masculino en francés.

En el romano y argentino "Crisol" del día 24 de junio, un corresponsal Juancho Robles ha cometido la distracción de enunciar una teoría nueva del coraje. Esa incendiaria contribución a la ética merece irrefutablemente algo más que el silencio evidenciado y monomista de sus colegas. Escribe así el valeroso y joven urburador: uno de los valientes de la causa católica, que se oculta bajo el seudónimo de Oscar Charpentier, publicará allá en Buenos Aires, etcétera.

Nuestros lectores habrán advertido el relampago. Si se propaga esa teoría, pronto leeremos: La tarde que debían dirimir el campeonato mundial los dos hombres montañas del pugilismo llevaron el arrojo hasta el punto de distraerse levemente de chocolatineros y de expendere refrescos al público. O si no: Hace unas noches, una gallina indocumentada y guaranguiso agredir a picoteros a Cipriano Rebenque, acreditado guapo de Ciudadela. Vano empeño; el héroe se ocultó en un seudónimo.

Los animales se dividen en ametrallados, erizos, bueyes, aves de corral, gallinas, larvas, dromedarios, lechones, sirenas y perros sueltos.



Ernst Lubitsch, por Guida

dermere y El Paraíso Prohibido, glorias del cinematógrafo mudo, hasta sus producciones más recientes: sátira que como se sabe, apunta con preferencia al mundo elegante y desocinado; sátira de la cual no nos extrañamos si busca a menudo el camino de la opereta. Género convencional entre todos y de difícil aceptación en sí, pero que Lubitsch consigue justificar con ciertos tan manifiestos como ese Desfile del Amor, en que sobre el endeblesimo tema del Prince Consort, comedia bufolevardera de hace veinte años, Lubitsch multiplica las variaciones de su caprichosa ironía — más característicamente aún con Montecarlo, en que librados de la invención sutil y realmente tan molestamente simpática de Chevalier, asistimos a la efectiva creación de un género nuevo, el de la opereta cinematográfica. La nulidad de la intriga ayuda aquí en vez de estorbar.

De las convenciones nuevas y antiguas de la opereta prescinde

por Anímula Vágula

razona Baltasar Gracián que "nuestro oír ha de ser el doble que nuestro hablar", porque nuestras orejas son dos y nuestra lengua es una. Venero esa genial proporción y me propongo en adelante comer la mitad de lo que oigo y tocar todo lo que miro y oler una treintidava parte de lo que masco y comer la mitad de lo que piso, y caminar el doble de lo que cono.

En la página 39 del reciente libro "Trovos de la cachimba", el aproximativo escritor Estavillo (Julio) se pone a tutear a un yesquero y a decirle, para congraciarse con él: Tú sabes de memoria las vidalitas y los estilos cantados en los ranchos. Se trata de una baja adulación, porque los procedimientos mnemotécnicos del yesquero no han sido aprobados por nadie y porque los conciertos y audiciones de los yesqueros nunca satisfacen realmente al público.

Diversos hijos predilectos del farrago y comensales de la confusión y "habitués" de la niebla, desfilan a su modo los títulos de los films norteamericanos, de acuerdo con las manes honoríficas del todavía insuficientemente extinto Rubén. Son personas que ignoran la precisión y saben la cursividad. He aquí unas pruebas de su infatigable y metódica vaguedad:

Título en Hollywood: El hombre que mató el dólar de plata. El ángel arrepiado. Calle Corrida. Vaya al Geste. La imperfecta comia. La ciudad salvaje. Desbaratada. Los tres no santos. A cuánto la gloria? El dedo señalá. El le amargo del general Yen. Título en Bs. Aires: Resurrección. El ángel de la noche. Maudis imprudentes. El conquistador del Oeste. La ciudad del mal. Estalada. La bruja. A cuánto la gloria? El dedo señalá. El le amargo del general Yen. La amargura del general Yen.

No nos abochornemos demasiado; el poderoso film de Von Sternberg "Los docks de Nueva York", padeció en París de Francia bajo el poder de un evidente acólito de Victor Hugo, que le infirió este nombre: "Los condenados del Océano".

sin embargo, y no hay duda que felizmente, la obra más perfecta de Lubitsch, Disgusto en el Paraíso (Un ladrón en la alcoba). Nada más sutilmente desenfadado, mejor y más vivazmente construido ha conocido el cinematógrafo: nada de un realismo de observación más justo, ni más ingenuamente estilizado; nada que iguale el brillo de ese diálogo — bien escrito, pero en que no se siente el autor. Y a las fáciles aventuras increíbles de este nuevo Raffles se sobrepone aquí una habilísima sátira de las corrientes e convenciones cinematográficas. Ningún duelo más divertido. A cada instante amenaza Lubitsch caer en el peor de los lugares comunes; pero sólo amenaza. Al final parece que la ironía está a punto de ceder su sitio al sentimentalismo; el argumento va orillando la regeneración del malvado por el milagro del amor. Nada de eso: el ladrón galante, entre su salvación y la de Lubitsch, elige la de Lubitsch. No amará a la heroína; preferirá robarle cien mil francos. En otro lugar, está cenando el protagonista con una dama; va a la puerta, cierra y se guarda la llave, con segura lentitud de villano; vuelto a su comensal, la toma en sus brazos... y la sacude hasta hacerle caer del cuerpo a una carter que le robó. ¡Y cuánta buena sorpresa, cuánta buena ironía legítimamente cinematográfica, desde el tenorbasurero de Venecia hasta la irrupción del acratá endeble y tronador!

¡Qué desengañada felicidad inteligente respira toda la obra, qué cuidadosa premeditación, qué desprecio de los prejuicios esenciales! Y sobre todo esto, un suficiente desimulo de la personalidad avasalladora — riquísima que hay que aprovechar, no que exhibir; la delicadeza notoria (tan ajenos a la Venus Rubia o a Fatalidad, por ejemplo, cuya única ocupación es inferirnos a brazo partido todos los tics, motivos y símbolos de un Sternberg abrumador) de abstenerse de toda profusión de fe, de toda teoría, de toda política; el cuidado de la fotografía significativa, pero no evidente...

Somos una época dichosa. Vigilamos, con la experiencia del destino de muchas artes, los primeros pasos de una enteramente nueva, de cuyo porvenir nada podemos vaticinar, sino una probable grandiosidad. Si estos primeros pasos, gracias a talentos como el de Lubitsch, asumen ya una manifiesta, duradera firmeza, ¡qué esperanza es imposible!

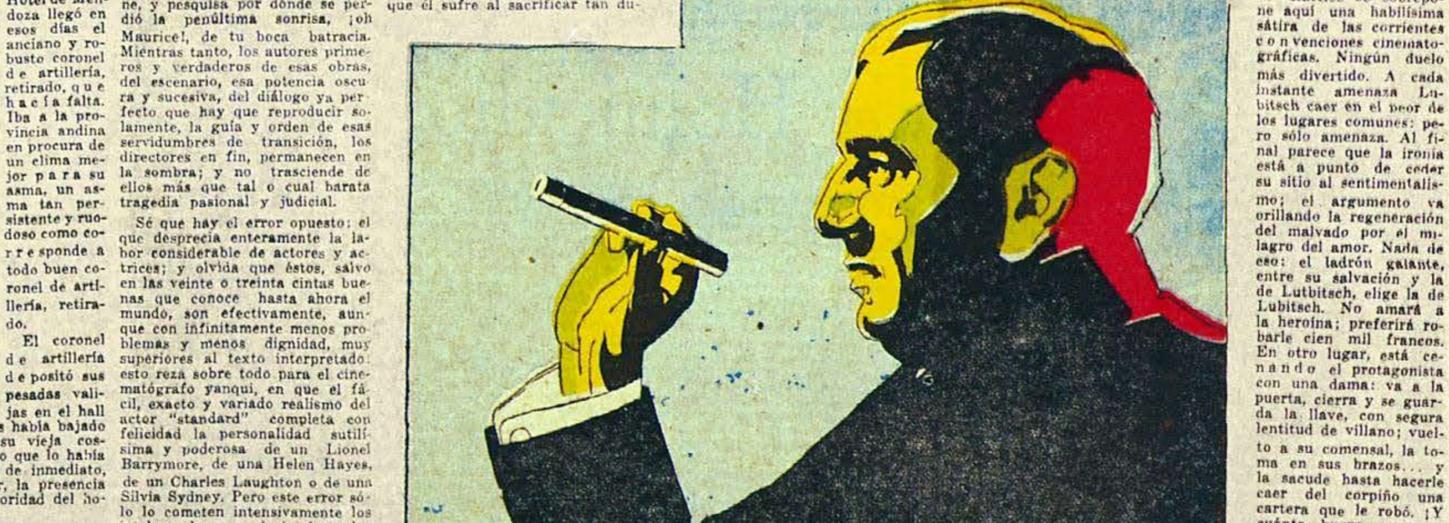


responde a las habitaciones donde radica el misterio de los hoteles, que no podrán nunca llegar a ser verdaderamente misteriosas si sobre ellas la numeración hace recabar el número 8. De modo que el hotelero, consciente de su condición de propietario de un gran hotel de mucho prestigio, había logrado así anular sus intereses personales, los de sacar el máximo de ganancia posible de su hotel, con los intereses de su cliente, que al mismo tiempo que exigen la existencia de una leyenda de misterio en las habitaciones que llevan el número 13, se niegan obstinadamente a habitar en ellas. La habitación número 8, que era la poseedora del misterio, venía así al mismo tiempo a cumplir dos funciones: la de ser hospedadora de lo misterioso y la de tener numerada su puerta con el número 13.

El misterio de la habitación número 8, que llevaba en la numeración de las habitaciones del Grand Hotel de Mendoza el número 13, era por cierto el más distinguido de los misterios; el misterio de los fantasmas. Un fantasma aparecía todas las noches en tal habitación. Un fantasma puntual e inofensivo, pero dotado de la cualidad de los buenos fantasmas, cual es la de interrumpir e impedir la continuación del sueño de los huéspedes de la habitación. Por ese motivo no sólo nadie hacía uso de tal habitación, sino que el diligente hotelero se negaba rotundamente a entregar a sus huéspedes las llaves de la misma, que permanecía así constantemente cerrada, guar-

Los Grandes Directores: Ernst Lubitsch

Ernst Lubitsch, por Guida



Ernst Lubitsch, por Guida

Néstor Ibarra

JOSE DE SAN MARTIN EN CADIZ

por José de España

Dibujos de Rechain



B ATASE, ríndase e incéndiese la escuadra francesa en represalia de nuestros hermanos asesinados por orden de Murat en la Corte. Este es el grito de la muchedumbre de Cádiz, que los papeles públicos del 28 de mayo de 1808 hacen circular por toda la población.

Las consecuencias de los acontecimientos del 2 en Madrid; la respuesta que toda España da al emocionante llamado del alcalde Mostoles: "La Patria está en peligro. Madrid peca víctima de la perfidia francesa: Españoles, acudid a salvarla!". Preparan para San Martín que ya ha visto morir a dos de sus mejores amigos, Ricardos y Daoiz, otro día de duelo.

El pueblo de Cádiz se ha lanzado a la calle y quiere, al ejemplo de toda España, vengar de manera memorable los asesinatos cometidos por las tropas francesas. San Martín, que desde hace días viene asistiendo a la inquietud creciente que reina en la población, comprende que hoy las cosas no acabarán de buena manera.

Poco después de mediodía un gran golpe de gentes, afluyendo por las calles vecinas, ha comenzado a reunirse en la Plaza de San Antonio. Al principio han sido grupos de cuatro, de seis, de ocho personas, los que se han visto discurrir en animadas conversaciones. Contra su carácter popular, estos grupos, hablan y actúan casi sigilosamente. No obstante, sus ademanes violentos, los rápidos cuchicheos de las cabezas que se juntan, dicen la cólera sorda que los anima, la contenida indignación que atiza la conspiración en plena calle.

En uno de los núcleos que discute en el centro de la plaza hay un hombrecillo flaco, rostro color de limón taraceado por antiguas viruelas, que desde hace una hora larga gesticula ante un grupo de bastantes que le contemplan embobados. Poco a poco, los ademanes del hombrecillo han ganado en violencia y en rapidez hasta tornarse casi frénéticos. De pronto, el pequeño ser, ha dado dos pasos atrás y curvándose vivamente en un ademán obscuro se ha tomado las partes viriles para reforzar con tal gesto las palabras de su discurso: "¡Tiene razón!..."; ha comentado el grupo de sus incondicionales, seducido por su mímica energética.

Este es el tono que reina en toda la ciudad. San Martín, para quien no escapa un detalle de cuanto ocurre a su alrededor, trata de valorar con criterio militar la magnitud de los acontecimientos.

Entre tanto el pueblo comenta los acontecimientos de la víspera y aquellos alzamientos que en Gijón, en Oviedo, en Asturias, en León, en Santander, en Valladolid, en Sevilla y en Madrid, van poniendo a toda España sobre las armas. ¡Es posible que los gaditanos se queden así, de brazos cruzados, cuando todo el pueblo español ha declarado ya una guerra a muerte a los soldados franceses!

La actitud fría, irresoluta, cautelosa, del capitán general de Andalucía, Solano, marqués del Socorro, se presta a todos los comentarios. Este hombre, muy popular hasta ayer, adorado por un pueblo que creía ver en él a uno de los suyos, ha perdido de golpe todo su prestigio.

Hace algunos días, volviendo de Extremadura, "al cruzar por Sevilla se avistaron con él los que trabajaban para que aquella ciudad definitivamente se alzase. Esquivó todo compromiso. Más molestado por insistencias, pidió tiempo para reflexionar, y se apresuró para meterse en Cádiz. Estas y otras anécdotas se han difundido por la ciudad. La indignación ha cundido. "Ya antes de mediados de mayo corría peligro en Badajoz por la poca cautela con que se expresaba. No anduvo más prudente en todo su camino". "Después del 2 de mayo, solicitado y escuchado por los franceses, y sobre todo venido por los consejos de los españoles, antiguos amigos suyos, con indignación se mostraba se cruz de los invasores, calificando de frenesí cualquier resistencia que se intentase". "Se necesitaban acaso más informes para que el pueblo bajase el pulgar y pronunciara la palabra condenatoria?"

El hombrecillo de la plaza de San Antonio, Pedro Olaechea, ex fraile capuchino de la Cartuja de Jerez, con su furia de fanático, se ha encargado de repetir a diestra y siniestra la frase de orden: "Este cochino de Solano nos traiciona! ¡El indecente gorrino se ha vendido al oro de Napoleón!"

El ex capuchino consiguió ayer amotinar la población y llevarla ante la casa del capitán general. En medio del tumulto, un jovenzuelo de verba expedita y desembarazada además, Manuel Larrás, encarnado en hombres de otro, arengó a la multitud y al propio Solano. Después de una larga peroración el improvisado orador terminó pidiendo que se declarase la guerra a los franceses y que se intimase la rendición a su escuadra fondeada en el puerto.

El marqués del Socorro, visto el estado reinante de furor popular, no ha tenido más remedio que ceder, si bien ha pedido un plazo breve para consultar a sus generales.

La multitud, convencida a medias, se ha dirigido en masa al domicilio del cónsul francés asaltando la casa, quemando los muebles y persiguiendo buen trecho a Mr. Le Roi que tuvo que refugiarse en el convento de San Agustín esperando la ocasión propicia para embarcar en los buques de su nación, escapando de este modo a una muerte segura.

Toda la noche se ha pasado en arengas, discursos, vivas a Fernando y mueras a Napoleón. Ahora, las cuatro de la tarde del día veintinueve, el pueblo reunido en la plaza en gran cantidad, espera la resolución de Solano.

San Martín, que de antemano conoce el contenido del bando que se va a leer, ha hecho formar la guardia ante el palacio del Gobernador en previsión de graves y muy seguros disturbios.

En la Plaza de San Antonio, el ayudante José Luquey, en medio de un impresionante silencio, ha dado comienzo a la lectura del bando con una voz que se ha esforzado por parecer segura y entera. La junta de generales, atendiendo a la petición formulada por la ciudad, encuentra muy justo que se declare la guerra a los franceses. Ante esta noticia el pueblo ha prorumpido en una ovación delirante. El joven ayudante ha tenido que hacer esfuerzos desesperados para que se continuase oyéndole. Tal es, en verdad, el sentir de la junta de generales, pero, en otra posterior de oficiales de marina se acordó: "Que no se podía atacar a la escuadra francesa sin evidente peligro de destruir la española, interpolada, todavía, con ella..."

Estas últimas palabras han producido un verdadero estallido de furor en toda la plaza de San Antonio. "Hasta cuándo se va a burlar Solano de los deseos de la multitud? ¡Es que se quiere entretenerlos

aún con nuevas dilaciones? Rápidamente el gentío se ha arremolinado, ha hecho huir al oficial Luquey y se ha puesto en marcha hacia la casa de Solano.

San Martín, viendo llegar aquel torrente humano erizado de brazos levantados, de puños amenazadores, de gritos y de imprecações, ha hecho estrechar las filas de su guardia.

Tres hombres destacados de la gran masa humana han pedido hablar con el capitán general para imponerle la declaración de guerra en nombre de la ciudad alzada. San Martín sabe que buena parte de la multitud viene armada. El día anterior, en el asalto al Parque de Artillería se han provisto de ellas ayudados por los mismos soldados que, lejos de hacerles oposición, les han excitado y protegido. No contando, pues, con los recursos para dominarlo, es preciso evitar a toda costa que estalle la violencia del motín. Después de algunas consultas se ha permitido pasar a los tres representantes al despacho del Gobernador.

Un Asombroso Viaje en Simón

Es posible que alguna vez me resuelva a escribir algo que me ha pasado; pero la gente no me creerá... El caso fue que hace algún tiempo tuve que ir a la estación del Norte a esperar a mi padre, que venía en el correo de Asturias. Dos amigos me acompañaron, y decidimos tomar un coche. No soy tan escrupuloso como algunos, y desde luego, no tengo ninguna fe en hablar un simón presentable; pero, aun así, confieso que me impresionó el aspecto del caballo, cuyo lomo formaba una gran curva cóncava y hasta se ardecía tan extraordinariamente, que a veces, entre la grupa y el nacimiento del cuello, no había más de dos palmos de distancia. Achaqué estas visiones a mi falta de costumbre de mudrarse, y cerré la portezuela tras el último de mis amigos. El cochero gritó: "¡Eh! ¡Vamos al Norte, Pinto! ¡Un pasito, buen caballo!" Y comenzó el viaje. Nunca fui testigo de un trote tan desigual y caído como el que me tocó. El caballo marchó después con una lentitud trabajosa, animado por el conductor, que le dirigía las expresiones más apasionadas. Es regla general que los cocheros

insultan tan terriblemente a sus bestias, que más de una persona de buenos sentimientos se ha echado a llorar al dentro del coche. En este caso increíble, nuestro hombre no hablaba más que para halagar al jamego y hacerle útiles advertencias: "Adelante, el mejor caballo de España! ¡Así me gusta! ¡Ojo con tropezar en ese pedruzco!" Y el caballo nada hacia por justificar estas alabanzas. Caminábamos, ésta es la verdad, a paso de carreta.

Fué preciso subir una calle en cuesta, y entonces comenzó nuestro verdadero martirio. Avanzábamos tan lentamente, que un mendigo que andaba tanteando a la sacra con su bastón, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin acertar a explicarse lo que ocurría: "¡Almas caritativas, ¿esta parado este coche y estoy parado yo, aunque creo moverme?" No le respondimos. Entonces apresuré algo el rastrear de sus pies, y nos dejó atrás bien pronto. Hacia la mitad de la carrera, arrastrando sus hinchados pies, pudo ir un cuarto de hora junto a la ventanilla, gritando: "¡Pobre ciego!" Tropezó tantas veces su garrote con las ruedas del carruaje, que al fin dijo, sin



El frío hoecio le rosa

BLANDAMENTE, con suave chapoteo, bajo las suelas viscosas de humedad, el lodo de un modo tibio y desgraciado...

Curro se da vuelta y al ver a tía Matilde sentada en el suelo con las piernas grotescamente abiertas...

Curro. Hace ya tiempo que vaga por esta calle sin empujar, turbada de llovizna y solitaria como un camino de desesperación...

Calle de Cipreses

En la finca próxima a la casa donde paró, ha muerto Don Ramón Lozano...

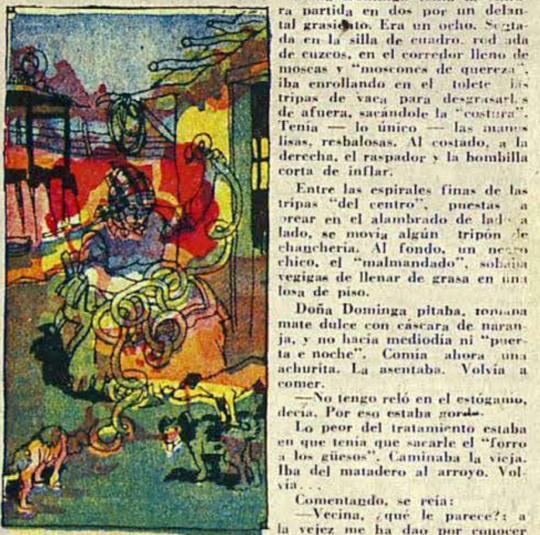
Curro se da vuelta y al ver a tía Matilde sentada en el suelo con las piernas grotescamente abiertas...

Curro se da vuelta y al ver a tía Matilde sentada en el suelo con las piernas grotescamente abiertas...

Graciela Baliero

Curro se da vuelta y al ver a tía Matilde sentada en el suelo con las piernas grotescamente abiertas...

ECTOR Díaz, por aquel tiempo, era un tipo peligroso. Con un mazo de barajas en la mano hacia lo que quería...



Curro se da vuelta y al ver a tía Matilde sentada en el suelo con las piernas grotescamente abiertas...

CONDECORACIONES

El doctor don José María Muñoz se encontró un buen día con que el Ministerio de España...

ULTIMA SOLUCION: TECNOCRACIA

por

Homero Guglielmini

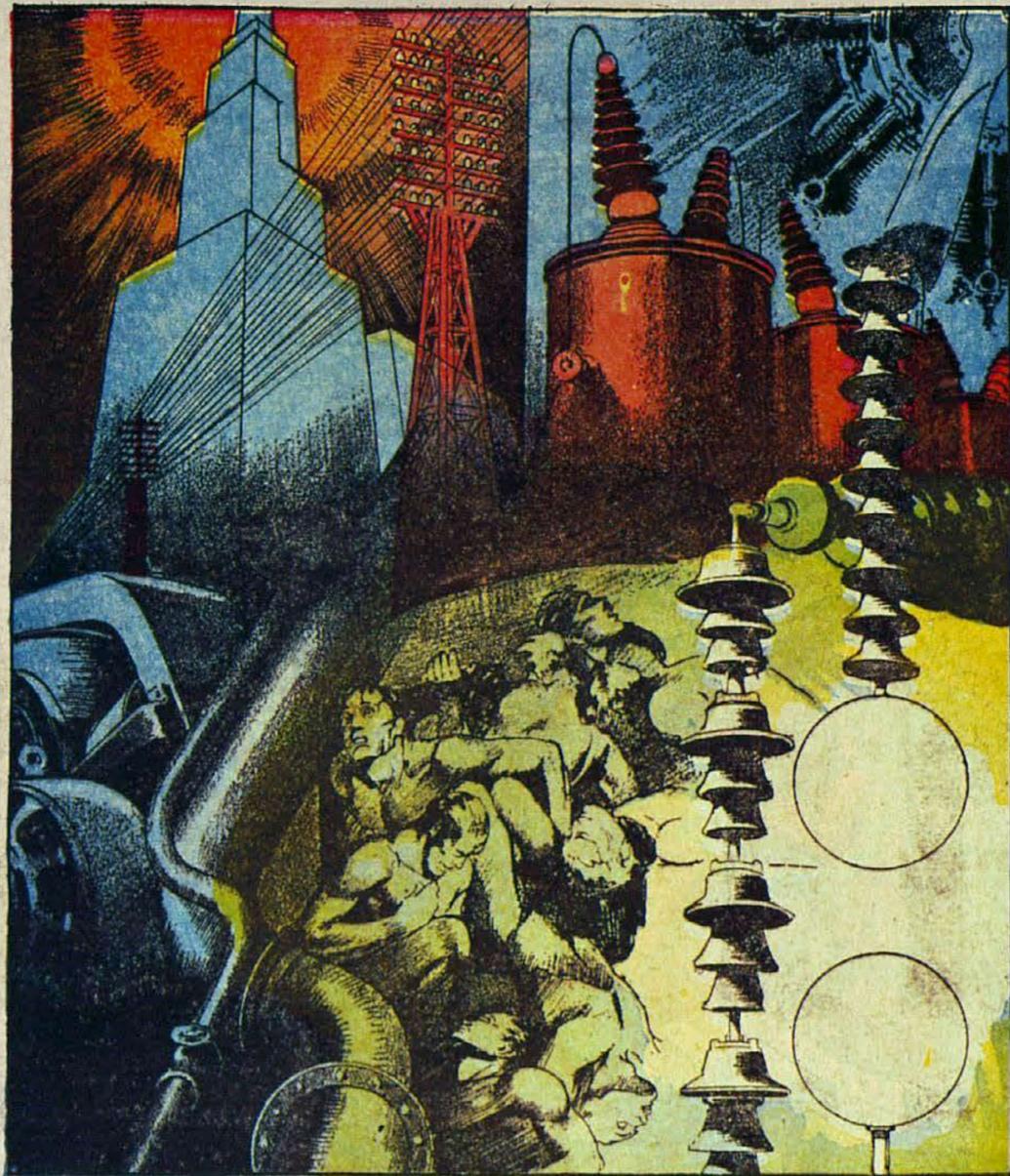
CUALQUIERA sea el valor absoluto de las conclusiones propuestas por Tecnoocracia, un provecho indiscutible quedará de la propagación de la doctrina, sobrevivirá a los azares de las discusiones, polémicas y batallas. Tecnoocracia, en efecto, ha enfocado la atención de las gentes hacia el problema más dramático y sorprendente de la sociedad moderna: el desarrollo prodigioso de la tecnología. Lo que hace la técnica es ya apabullante; lo que puede hacer será maravilloso, o monstruoso.

Los tecnoócratas insisten sobre el hecho de que en las sociedades tradicionales la única máquina productora de trabajo era prácticamente el hombre. Todos los sistemas económicos se recataban sobre esa verificación elemental. Y el hombre, considerado como un depósito de energías para el trabajo, es una cantidad invariable. El régimen político estático se explicaba porque la energía utilizable era también estática. Egipto, con un millón quinientos mil obreros adultos, tenía una capacidad de trabajo calculada en unos ciento cincuenta mil caballos de fuerza. Aplicando las mismas mediciones, la energía humana contenida en los 120 millones de habitantes que pueblan los Estados Unidos, nos da la cifra de tres millones seiscientos mil caballos. Pero... ¿qué ha pasado? Tomemos una turbina moderna, el ejemplar más evolucionado de esta prodigiosa fauna mecánica. Ella puede desarrollar 200,000 caballos de fuerza. Esta turbina, en lugar de funcionar sólo ocho horas — como el hombre — esta turbina, que no conoce la fatiga, ni las neuralgias, funciona sin parar. De manera que multiplica 9 millones de veces la energía de un hombre. ¿Cuál será el paisaje de Estados Unidos, y su poder, cuando todo el equipo productor de energía se instale en la misma escala?

La civilización americana está basada sobre la energía y el preciso funcionamiento de su sistema de distribución. Causa pavor pensar en lo que acontecería si esa sutil y supersensible maquinaria se desbaratará, aunque tan sólo fuera por un momento. Sería como herir al país en su médula espinal, sería clavarlo en la parálisis. Ninguna conmoción sísmica fuera comparable a esa conmoción técnica. Imaginemos los rascacielos doblándose sobre el pavimento enloquecido, en una noche de terremotos. Pues bien; tamaño pesadilla resulta pálida ante lo que ocurriría si alguien — con poder suficiente para hacerlo — diera el ¡Alto! al flujo constante de energía mecánica que mueve las ruedas de la civilización americana. Si el aprovisionamiento de agua de Nueva York se suspendiera durante tres horas, la más grande ciudad del mundo quedaría irremediablemente presa de las llamas (en Nueva York hay incendios o focos de incendio cada quince minutos). Si los sistemas técnicos de producción y comunicación fueran detenidos en pleno curso por una mano diabólica — suponíamos que los técnicos se amotinan — la población de Estados Unidos se moriría de hambre y de frío en menos de un mes. Yo estuve al lado de las centrales eléctricas de una de las ramas más importantes de tranvías subterráneos de Nueva York. Con sólo alargar la mano, habría paralizado el tráfico de cientos de miles de personas en los tubos de la ciudad volcánica. Cuando murió Edison, decidieron apagar las luces de la ciudad durante varios minutos, como homenaje al genio inventivo del creador de la lámpara eléctrica. Y esa noche, al ver desvanecerse en torno mío, inopinadamente, los relámpagos de Broadway, imaginé la sombra inmensa que caería sobre el mundo moderno si la técnica fuera suspendida.

No insisto sobre el primer aspecto de las investigaciones llevadas a cabo por los tecnoócratas, o sea, el problema de la desocupación tecnológica. Esos resultados han sido ya ampliamente difundidos en Norte América, y aún en la Argentina. Yo mismo me he ocupado del asunto en otras oportunidades y con alguna atención. Anotemos al pasar, no obstante, una conclusión a todas luces evidente: es absurdo achacar la depresión actual a la sobreproducción. No hay tal sobreproducción. Lo que hay es una crisis del poder adquisitivo. Es cierto que los graneros están atiborrados de cereales, que los brasileños queiman su café, que los automóviles se pudren en los depósitos. Pero es cierto también que millones de gentes se mueren de hambre y tienen que andar a pie o en tranvía. Yo no tengo automóvil ni lancha a motor. Y me gustaría mucho tener automóvil, lancha a motor y también un autogiro. En una sociedad bien organizada, yo tendría automóvil, lancha y autogiro. Los debería tener ya... ¿por qué no? Si esas cosas sobran en el mundo, ¿se podrían fabricar muchas más, como lo prueba la Tecnoocracia: el doble, el triple, el cuadruple... ¿qué se yo? Y mis lectores, ¿no todos tendrían lancha, autogiro y autogiro? Tecnoocracia afirma que, si adaptáramos nuestro régimen económico político al crecimiento de la tecnología, ésta se hallaría en condiciones de satisfacer los apetitos adquisitivos y de confort de toda la gente, por lo menos en los países susceptibles de ser tecnificados en alto grado. Esa revolución se haría según los cálculos de lo que Tecnoocracia llama "Theory of Energy Determinants". En la futura sociedad tecnoocrática, los tecnoócratas dictadores tendrán a su disposición unas tablas llenas de guarismos, las tablas de "Energy Determinants", tablas que indicarían en términos matemáticos las proporciones correlativas de producción y consumo necesarias para asegurar el máximo confort al máximo número de habitantes de ese feliz país de la Tecnoocracia.

Por otra parte, Tecnoocracia afirma que, a la larga, se realizará en este planeta el ideal del ocio universal, por cuya conquista bregó el hombre desde los tiempos de Adán: la maldición del trabajo será poco menos que eliminada (las interesantes implicaciones técnicas involucradas en esta conclusión, no serán objeto del presente artículo, pues tampoco forman parte del cuerpo de doctrina de Tecnoocracia). Según Tecnoocracia, si los norteamericanos aplicaran a la producción los métodos, invenciones y procedimientos conocidos actualmente por la tecnología, sólo tendrían que trabajar cuatro horas por día y cuatro días por semana; y esa jornada



Dibujo de Premiani

bastaría para producir todos los artículos de primera necesidad y de confort que normalmente consumen, y el "income" o renta de cada cual sería 10 veces más alto que el "income" medio percibido por los americanos en 1929, año en que la curva de la prosperidad llegó a su máxima. ¿Quién se resiste a esa clase de argumentos? Nadie. Y menos que nadie los norteamericanos, para quienes la época del "pioneer" y del sudor de la frente está pasando definitivamente a la historia, y lo que ahora ambicionan es ocio, "comfort" y felicidad terrenal.

Actualmente, la doctrina tecnoocrática está sufriendo, en su país de origen, un fuego granado. La reacción de los adversarios es tan vehemente como el entusiasmo de los prosélitos. Por lo demás, ya ha levantado cabeza la herejía en el seno mismo de la doctrina. Un grupo, dirigido por Rautenstrauch, se limita a la investigación científica del problema, con un criterio más bien académico y objetivo. Acumula datos, records, gráficos, estadísticas y diagramas, para completar lo que los tecnoócratas llaman "The Energy Survey of North America". El otro grupo, encabezado por Howard Scott, el líder inicial del movimiento, sin desdudar el punto de vista científico y compilatorio de la doctrina, carga el énfasis

sobre los aspectos militantes y beligerantes de la propaganda. Últimamente, Estados Unidos asistió a una colosal expansión de Tecnoocracia, desarrollada bajo los principios de la reclame a alta presión, y dirigida a suscitar en la masa americana un clima psicológico favorable al advenimiento del Estado tecnoocrático. Se pronunciaron alocuciones en teatros y sitios públicos, se difundieron volantes desde aeroplanos, se utilizó la radio, el diario y el cartel. Muchos americanos están cavilando ya que es necesario darle el poder a un Mussolini electrónico, para que haga funcionar a los Estados Unidos y a sus 125,000,000 de habitantes — otros tantos dientes del engranaje — de acuerdo a los nuevos principios y con la precisión de una máquina.

Tecnoocracia ha descubierto que, si se aplicaran en seguida las nuevas invenciones y procedimientos de la tecnología, se produciría en la sociedad capitalista un caos espantoso. Las casas serían elaboradas con una velocidad y abundancia tales, que el mercado consumidor quedaría instantáneamente sobrestimado, y las fábricas tendrían que clausurarse por falta de demanda. La industria del calzado tiene una capacidad virtual de producción de 900,000,000 de zapatos por año. Aunque a todas las mujeres chinas se les ocu-

riera de repente usar zapaticos con taco alto, la oferta excedería enormemente la demanda.

Actualmente, hay plantas de laminación de acero que funcionan automáticamente. Las únicas personas presentes son los serenos, cuya función consiste en arrojar a los vagabundos de las cercanías. Una fábrica de tejidos está próxima a inaugurarse en el Estado de Nueva Jersey. Sus inmensas maquinarias son movidas automáticamente por medio de palancas eléctricas, desde el despacho de un supervisor en uno de los rascacielos de Nueva York.

Recientemente se han instalado máquinas que producen de 2500 a 2600 cigarrillos por minuto. En la manufactura de lámparas incandescentes, un hombre puede producir hoy en una hora el mismo número que en 1914 requería 9000 horas de trabajo. Una planta de automóviles instalada en Milwaukee puede producir diariamente 10,000 chasis empleando sólo 208 obreros.

Pero los directores y managers de la industria en nuestro régimen capitalista intentan eliminar estos problemas, manteniendo artificialmente el mercado. Por una parte, se resisten a la aplicación de los nuevos procedimientos tecnológicos; por la otra, crean en la masa, mediante la propaganda a alta presión, la exigencia de renovar periódicamente el "tipo" o "modelo" del artículo en uso (psicología de la moda; el automóvil último modelo, el nuevo corte de traje, etc.). Cito en seguida algunos artículos cuya fabricación, según demostraron los tecnoócratas, sería actualmente posible, a no ser la oposición interesada de los managers de la industria:

El automóvil tecnoocrático. — Podrá correr 500,000 kilómetros sin requerir un reajuste general. Su costo de producción sería sólo un 50 o/o más elevado que el de los automóviles actuales de buena calidad. Será prácticamente tan longevo como su feliz propietario. Actualmente, las fábricas de automóviles en los Estados Unidos tienen una capacidad de producción de 8,000,000 de autos. Se calcula que en tres años y pico se podrían producir todos los automóviles tecnoocráticos necesarios para el consumo de Estados Unidos durante 50 años.

El traje tecnoocrático. — Una planta fibrosa relativamente desconocida hasta hace poco — ramie — puede ser introducida, si se quiere, en la industria del tejido. Los trajes que se hicieran con ella serían siete veces más convenientes que los trajes hechos de lana, y setecientos veces más convenientes que los trajes hechos de algodón. Durarían 10, 15 ó 20 años. Serían impermeables, necesitarían planchador y tintorería una sola vez por año. Si el ramie fuera aplicado a la fabricación de trajes, los sastres tendrían que cambiar instantáneamente de profesión y dedicarse, por ejemplo, a la literatura.

La casa tecnoocrática. — Las fábricas podrán elaborar miles de casas por día, equipadas con las más modernas instalaciones de confort con sólo la participación de 200 obreros. Los pintores, carpinteros, plomeros, electricistas y albañiles se quedarían inmediatamente en la calle, sin trabajo. Barridos enteros en ciertas nuevas ciudades de los Estados Unidos han salido de estas fábricas.

La hoja de afeitar tecnoocrática. — A ésta la podemos llamar la hoja de afeitar "vitalicia". Se puede producir ya de acuerdo a los nuevos descubrimientos tecnológicos. Duraría toda la vida del consumidor, y aun podría figurar entre las cosas legadas a los hijos. Pero Mr. Gillette tendría que cerrar todas sus fábricas, pues en pocas semanas la demanda de hojas de afeitar quedaría satisfecha por tiempo prácticamente indefinido.

Intentemos imaginarnos esa sociedad tecnoocrática del futuro, y nosotros en medio de ella. ¿Cuál sería el destino del hombre gobernado por la técnica? Desde luego, habría en él cuatro aspectos engorrosos, hasta detestables, si se quiere. Usar toda la vida, invariablemente, la misma hoja de afeitar (salvo el caso de extravair el estuche donde la guardamos... ¡Y qué percance sin remedio sería perder ese instrumento invaluable!), acabaría por afeitar nuestra piel nerviosa. Llevar a los cuarenta y cinco años el mismo traje que hubimos de usar a los veinte (el supuesto de no haberse alterado la medida de nuestro cuerpo en el intervalo), crearía a la larga una indiferencia mortecina entre las edades. El automóvil y la casa de mi vecino de enfrente. Mi abuelo usaría indiferentemente el canotier que yo usé a los veinte años, a prueba de sol y mojaduras.

No sería posible salir de una casa para entrar en otra, sino que todo sería como entrar y salir de la misma casa. Las personas se irían muriendo, pero las cosas seguirían impávidas... Nosotros dejaríamos el mundo, pero ahí quedarían mi encendedor automático secular, mi par de zapatos milenario, mi botella irrompible, para que los usen mis tataranietos y los hijos de mis tataranietos, y así sucesivamente. ¡Y qué de confusiones, y substituciones, y escaneoteos, en las perchas de los restaurantes, donde todos los sometidos de los parroquianos serían iguales, y por lo tanto transferibles!

Si hablar del río de las playas de estacionamiento de automóviles. Estos artefactos ancianos y venerables, pero inmunes a los achaques de la vejez, deberán ser reclamados a cambio de una contraprestación, única manera de individualizarlos, como hacemos con los sombreros a la salida de un teatro. Porque hay que pensar que en esa sociedad tecnoocrática, los automóviles abundarán en igual medida que las langostas, y serán tan uniformes como estos insectos.

Tales inconvenientes serán rescatados por innegables ventajas. Los tecnoócratas nos darán cada semana, desde la Gran Boletera del Estado, una colección de certificados, o bonos (como quiera llamarseles, que representarán unidades de energía, o "ergios"). A cambio de dos horas de trabajo, que consistirán, por ejemplo, en vigilar las rotaciones de un émbolo, nos darán un billete de cien "ergios". Ahora bien: estaremos compulsados a gastar esos billetes de "ergios" en el curso de la semana entrante. Si nos viene la gripa, y tenemos que quedarnos en casa, pues bien, esos "ergios" nos van a sobrar como papel de diarios; si regaláremos podremos, porque los "ergios", al revés de los pesos, serán intransferibles, como las invitaciones al palco oficial.

Y otro problema: ¿qué haremos con nuestro tiempo desocupado? Porque, a medida que la tecnoocracia se agranda, se irá acortando la jornada de trabajo. Probablemente obtengamos la semana de una hora. Entonces, nos pasaremos la vida fumando cigarrillos tecnoocráticos de un metro, que, una vez encendidos, nunca se apagan, o nos entretendremos escupiendo a la calle desde la punta de los rascacielos...

★ Extrañas Curas de Ayer y de Hoy ★

ESTA en nuestra naturaleza el hacer mofa de las prácticas y las costumbres de nuestros antepasados, especialmente en lo que a las enfermedades y sus curas se refiere. Qué gente atrasada es! decimos con un tonillo superior, y a fe que muchas de las curas practicadas por nuestros tatarabuelos nos hacen hoy morir de risa.

En el siglo XV, todo lo que necesitaba un hombre para no caer en la borrachera consuetudinaria, consistía en "poner tanto polvo de Betúnea y de Gel verde como pudiese caer sobre una moneda de seis peniques, y tomarlo todas las mañanas", y podrá tomar su "rejuicio alguno". Sé de muchos que darían una fortuna por que esa medicina fuese tan eficaz como parecía creerlo el ingenio autor de esa receta.

¿Qué decir entonces de la cura inventada por Sir Kenelm Digby, en 1638, para combatir el dolor de muelas? "Para curar una muela dolida, tome una aguja extraordinaria y úrguese con ella la encía, cerca de la muela, hasta hacerla sangrar. Hecho esto, clave la aguja llena de sangre en una viga de madera sobre su cabeza, y el dolor desaparecerá como por encanto".

De que la práctica del adelgazamiento no es invención de nuestros días, lo atestigua la siguiente receta, extraída del volumen titulado "La Joya de la Buena Ama de Casa", que se publicó allá por el año 1596:

"Para lograr una silueta esbelta, tome hojas de hinojo y abándelas en una buena cantidad de agua. Luego, después de hervir, exprima las hojas, y tómese todo el jugo. Estará lista al instante".

"Lista" es un calificativo tan tanto siniestro; pero, así y todo, la cura en cuestión no era seguramente más eficaz que las que se pregonan en nuestros días. Otra receta del mismo período, mencionada como un "Incompatible Jarabe contra la Melan-

colia", y en la que se incluyen cerezas, manzanas, canela y lúpulo hervido en jarabe, podría resultar aceptable aún ahora. En cambio, la cura contra las mordeduras de perros rabiosos no inspira tanta confianza. Reza así: "Escriba sobre un trozo de papel las palabras "Rebus, Rubus, Epitescium", y deselo de comer al perro".

Además de esas recetas a base de ingredientes enteramente inofensivos, el polvo de vibroras y sapos, el moño de los cementerios, las raíces de mandrágora — a las que se atribuía la propiedad de gemir de dolor cuando eran arrancadas de la tierra — las musarañas disecadas, las orugas y sanguijuelas hervidas en aguardiente, fueron muy populares durante la Edad Media para combatir toda suerte de afecciones y dolores, y hasta una época relativamente reciente se traficaba activamente con raspadura de cráneos humanos y polvo de monias.

Si bien los médicos ya no intentan curar la apendicitis aplicando un perrito vivo sobre el estómago del paciente, conteniendo el tratamiento con "una cataplasma de manzanas podridas", en el Extremo Oriente se vende todavía amnios disecados a los pescadores supersticiosos, como un preventivo seguro contra los naufragios; mientras las mujeres judías compran "anillos de dragón" (que no pasa de ser una vulgar pércima) para atraer a los mozos reacios a sus encantos. De la misma manera, una patata fresca, llevada en el bolsillo hasta su desintegración total, es considerada por mucha gente como un excelente remedio contra el reumatismo.

Pero no anticipemos nuestro juicio. Por más sorprendente que pueda parecernos, algunas de esas antiguas recetas, que

tanto nos mueven a risa, no eran tan desatinadas como parecen. Vayan algunos ejemplos: En la Edad Media se solía encerrar a un enfermo atacado de escarlatina en un cuarto tapizado con franela roja, envolviéndolo en paños rojos, y no se permitía la entrada a nadie que no estuviese ataviado de la misma manera. Pues bien: acaba de descubrirse que el método más seguro para combatir la escarlatina consiste en tratar al paciente con luces rojas, aliándolo en una habitación iluminada con lámparas rojas.

Desde un tiempo inmemorial los doctores de China y del Tibet han estado usando el pulvisco de cuernos de ciervo para fines curativos, motivando más de un comentario irónico de parte de nuestros médicos. Sin embargo, hace pocos meses un grupo de hombres de ciencia descubrió que las preparaciones a base de astas de ciervo en polvo son benéficas sobre todo para curar heridas, y el profesor Pavlenko, uno de los médicos más prestigiosos de Rusia, no trepidó en asumir la dirección de la vasta campaña emprendida en toda Europa para dar a conocer las bondades de ese producto.

Son bien conocidas las propiedades antisépticas de las hierbas jóvenes. La costumbre de colocar ramos de flores ante el juez y los fiscales en los tribunales de Londres, recuerda la antigua práctica de sembrar el piso de los tribunales con flores y hierbas para alejar el hedor de los prisioneros; en otras palabras, para evitar la infección. Y si bien ya no se introducen un trozo de hierro en el agua para que transmita a los alimentos sus preciosas cualidades, ese metal sigue siendo considerado como un tónico insuperable.

No hay cura, por fantástica

que pueda parecernos, que no sea aceptada por las personas enfermas cuando creen que ella habrá de aliviar sus males. El número de charlatanes que recorren el mundo pregonando sus mercaderías forma legión, siendo a veces muy difícil trazar una línea entre los charlatanes conscientes y deliberados, y los charlatanes persuadidos de la bondad de sus productos. A esta segunda categoría parece pertenecer el inventor de la Silla Magnética, cuyos brazos se dicen "magnetizados" por la in-

fluencia de fuerzas vitales emanadas de la tierra con la cual el Magneto se halla en contacto". ¿Será posible que, en esta época descreída y escéptica, podamos prestar fe a semejantes patrañas? Y sin embargo, miles y millones de ilusos permanecen fieles a esos métodos de cura.

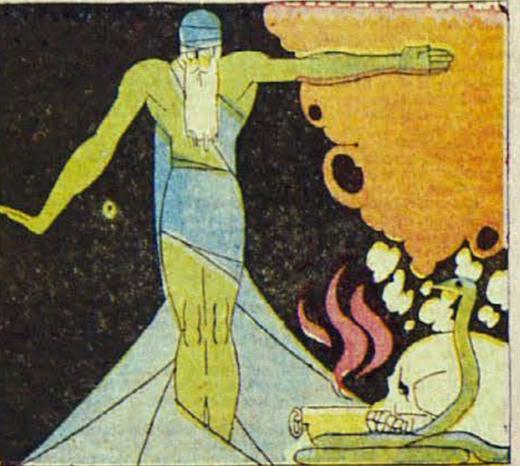
Desde hace algunos años la Caja Negra de Abrams conoce una considerable popularidad entre los públicos europeos. Exteriormente es una especie de caja metálica, llena de discos y palancas, mientras su interior encierra una verdadera red de ruedas dentadas, de poleas y de cuerdas. Su inventor, el doctor Abrams, sostiene que las "vibraciones del aparato constituyen una cura soberana para una vasta serie de enfermedades". No dudamos de que Abrams sea un eminente hombre de ciencia, ni de que la Caja Negra pueda producir ciertas reacciones cuando la aplican al cuerpo humano. Pero de ahí a determinar si esas reacciones son buenas, malas o indiferentes, hay un buen trecho...

En el campo inglés subsisten todavía algunas curiosas curas. Así, en Sussex, no se ha ahuyado del todo la antiquísima práctica de cubrir las heridas con estiércol fresco de vaca, y, cosa extraña, en muy contadas ocasiones ha sobrevenido una infección.

En la India, donde los cinco productos de la vaca: leche, manteca, queso, estiércol y orin son sagrados, nadie se sorprendería de esa cura; pasma, en cambio, el que pueda subsistir en una de las naciones más adelantadas de la tierra.

En algunas aldeas del Devonshire, otra región de Gran Bretaña, aún se emplea una cura cuyo origen se pierde en las tinieblas del pasado. Se echa un puñado de cacahotes en una olla llena de agua hirviendo; luego se trituran hasta dejarlos reducidos a una pasta, cáscaras y todo, que se usa como untura para ciertas dolencias.

Algunos distritos de Francia ofrecen a la curiosidad de los forasteros extraños procedimientos curativos. En Saboya, los campesinos consideran el extracto de víbora como un remedio insubstituíble para muchos males. Se prepara del siguiente modo: se introduce una víbora viva en una botella, que se lle-



Dibujo de Gáida

José Federico Naya

de curar en poco tiempo cualquier enfermedad. Esas medicinas son: "La Untura Sagrada del Sol y de la Luna" y el "Aceite Sagrado del Sol y de la Luna", ambas preparadas y vendidas con pingües ganancias.

por el hábil embaucador, quien, viéndose en la obligación de producir resultados, "vibraciones vitales" debidas a la radioactividad de la electricidad y el magnetismo".

Lo absurdo de esas "curas" queda cumplidamente probado por casos tales como el de aquel paciente a quien, para aliviar su bronquitis, los doctores de marras le aconsejaron se aplicara en el pecho una cataplasma de queso; una untura para ciertos casos graves resultó confusión en el cerebro, vinagre y miel, mientras otro tratamiento consistió en frotarse el pie con un rodillo de metal previamente sumergido en amoníaco al que se le habrá agregado leche y la sangre de un gallo blanco...

Otra "cura pintoresca" fué la que apareció en el mercado inglés, hace pocos años, con el sugestivo nombre de "Asa-plene", que se decía infalible para hacer desaparecer en poco tiempo las piedras de la vejiga. Como es de suponer se trataba de un preparado sin eficacia alguna, y la empresa que lo fabricaba se declaró en bancarrota al poco tiempo; pero, ante el regocijo general, el "Asa-plene" reapareció meses después en la Malasia, esta vez con la indicación de que curaba la malaria.

En Grecia, los niños atacados de tos ferina son enviados por sus padres junto a los gasómetros, pues sostienen que las emanaciones pasosas ejercen sobre los bronquios infantiles una benéfica influencia.

A pesar de que abundan los procedimientos curativos basados en principios rigurosamente científicos y de probada eficacia, de una cosa podemos estar seguros: dentro de cien años, nuestros nietos se desternillarán de risa ante las curas actualmente en práctica.

TIEMPOS BRAVOS LOS DEL PERINGUNDIN

En el "Tambito" Ensayó sus Primeros Cortes el Tango

Tajos, Botellazos y Tiros Daban Final a las Farras

El ambiente cálido que invariablemente constituye el clima propicio para el florecimiento del tango en sus más variadas expresiones, determina, al propio tiempo, la oportunidad de aportar el comentario correlativo, y sintetizar a modo de historia la crónica dispersa y fragmentada de su nacimiento y evolución en la ciudad porteña cuya es su cuna.

A ello enderezo mi intento de cronista fiel con la autoridad adquirida a través de mi función accidental de comentarista del tango, cuando a comienzos de este año presente desde el escenario a la orquesta típica de la "guardia vieja", durante cerca de doscientas audiciones.

Tal función de prologuista e ilustrador por ponerme en contacto con recuerdos, episodios, relaciones y personajes del tiempo viejo, acucio mi calidad de investigador y al cabo de pintoresca búsqueda, puedo sin afanes trascendentalistas, anclar estas anotaciones al tango que pueden constituir puntos de referencia fieles al conocimiento de los orígenes del tango y su evolución ciudadana.

Es evidente que el alma de cada pueblo se singulariza, revela y califica por su música nacional, pues en ella se vuelcan sus afanes, sus esperanzas, sus dolores y sus alegrías.

Así nuestro tango, como nuestro teatro, como nuestra canción, como nuestra danza, nacida en el anhelo de expansión de los humildes, se nutrió de esa ansia hasta llegar a ser una vibración auténtica y profunda del pueblo; el mismo que ensañaba nuestras ciudades, alza los palacios que nos enorgullecen, elabora nuestro futuro y carga los barcos de todas las naciones que nos traen hombres para el trabajo y mujeres para el amor, con las doradas espigas de nuestra madre tierra.

Cuando nació el tango, la habanera, clásica en el candombe de los bailes de negros del tiempo de Juan Manuel, le infiltró ritmo sensual de fuerza, confusa bravura melódica de entrevue, acompañamientos graves de tamboril y zongo machazo de bordanas.

Después, la sencilla y sabrosa música campesina, al llegar a las orillas de la ciudad, le contagió la ligereza intencionada de sus milongas, la picardía sacarton de las rifas, el desmayo amoroso de la vidalita y la tristeza serena de sus estrofas.

Así dotado el tango primitivo, los organitos del gringo de la "pata de palo" empezaron a difundirlo, poniendo en el gran-concierto de su repertorio, junto a la canzoneta tana, el milongón de rompe y rasga, que muchachones melendados, de camiseta de red, faja argentina flecada, pantalón a la francesa y uruguayas de bayeta con bordados rumbosos, bailaban entre ellos, en las esquinas, pagando un "chinguita", cinco centavos, la pieza.

Hasta que una noche, en un apartado lugar de Palermo, en la Buenos Aires donde silbaba y divertía el Payo Roqué, paseaba su monóculo, su barba requintada y su galera gris, el gran espíritu de Lucio V. Mansilla, mantenían sus tertulias muchachos que se llamaban Rufino Varela Ortiz, Mariarito de Vedia, Belisario Roldán, Crispín Idoyaga Molina, Baulito Villanueva, Pancho Tauril, Emilio Gouchón, Pancho Pánelo, Eduardo Naón, Pepe Palau, el Payaso García, Pitoto Ramallón, Manuel Castro Feijóo, Sánchez Boado, el Pardo Sierra Carranza, Guinapa o sea Ricardo Guinazzi, Moreno Gallegos Serra, el gordo Torres Bustamante, Samuel Bosch, Pajarito y Teodoro Ayerich; se entreveraban Carlos el Inglés con María la Vasca, el Maco Milani con la China Joaquina y empezaban a tallar la Gaucha Manuela, Mecha Peña, Ataniche, la Gringa Adela, la Vasca Ernestina, Sarita Bielcoruro, Miryca o la Paisana; una noche, decía, en el "Tambito", apareció un trío de músicos, dispuesto a acompañar las noches de la muchachada con sus milongas.

Aquellos músicos, con sus instrumentos bien templados, tenían tres esperanzas: a su sonrisa y tres intenciones de hacerse valer como tres fierros fieles que dentro de las vainas se estaban saliendo por entrar en juego, eran Ernesto Ponzio, el Pibe Ernesto, con su violín, Eusebio Aspiázu con su guitarra y Vicente Pecci, el Tano Vicente, con su flauta.

El Primer Templo del Tango

El "Tambito", sito sobre la actual Avenida Vicytes antes de llegar a la hoy Avenida Sarmiento, era un recreo, frecuentado refugio de nocheras y albergue predilecto de las pandillas en tren de correr una fiesta con copas, mujeres y bailongo.

Para llegar hasta el sitio, era de rigor hacer la excursión "a bordo" de un "placero" o victoria de alquiler, cuyas ruedas con llantas de hierro, despertaban a la noche soñolienta; tal su fragoroso estrépito al rodar sobre el desparejo empedrado de entonces, hasta que en llegando a Palermo se deslizaban silenciosas envueltas en nubes de polvo, o hundándose hasta las tazas en los pozos del camino zamarreaban en sus barquinazos el explicable anhelo de la pandilla por llegar pronto.

Muchas noches la madrugada se cernía sobre las mesas desguarnecidas del "Tambito" y a la espera de clientes los músicos del trío, inactivos, discurrían sobre la mala suerte que los obligaba a trabajar.

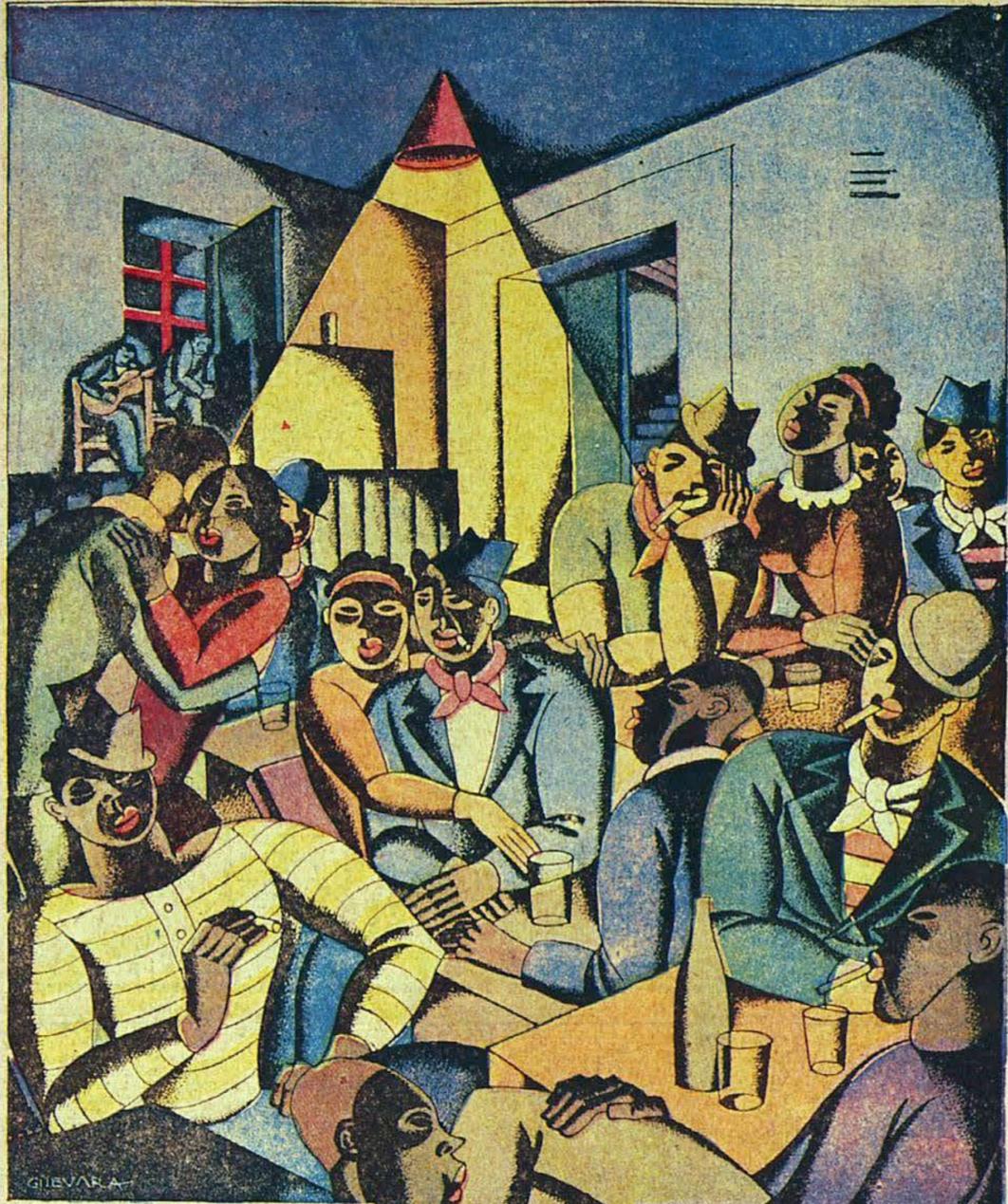
Pero de pronto, del silencio, llegaba el tintineo de un cascabel, familiar aviso de un coche placero en inminente arribada con parroquianos.

Sacudía su modorra el mozo gallego adormilado en un rincón y corría a dar todo el gas a los picos cuyas llaves semicerraba el criterio económico del patrón; éste, por su parte, al salir de tras el mostrador en trance de hacer un recibimiento cordial, con el repasador al brazo, se colgaba su mejor sonrisa bolicheira; y ya los músicos prendidos a sus instrumentos acompañaban un tanguito saltarín, cuando entraba la pandilla rumorosa de careajadas, crepitante de pulpas para la gente de la casa, desbordante de chancera gentileza en el saludo.

Y con un primer convite a "los musicantes", se empinaba al unísono el "cañonazo" inicial que templaba el tono de la jarana con las risas fáciles y el cotarro de las hembras bien dispuestas.

La fiesta iniciada precisamente en esa madrugada, no se sabía cómo ni cuándo había de acabar. Ocurría, a veces, que otra pandilla paseandera, atraída por el rumorero jaranista de la tertulia, entraba al "Tambito" dispuesta a compartir el pasatiempo; y según estuviese el talante de una y otra patota, o hubiera surtido su veleidoso efecto el abundante copero, una entente cordial agrandaba el corro de la farras, o una tempestuosa ráfaga de bravura al excitaba al "indio dormido" desencañaba esas mentadas tremolinas, al cabo de las cuales hasta las mesas quedaban patas arriba.

La policía, harto escasa para vigilar y mantener el orden, tenía hecha una triste experiencia en tales casos, pues su intervención determinaba una misteriosa solidaridad entre los contrincantes, cuya comba-



tividad se aunaba contra el pobre "chafe", dejándolo "mormoso" en menos de lo que canta un gallo.

De tal suerte, las trifalcas, trenzadas o batifondas se desarrollaban sin contar con el control policial y, por ello, asumían a veces proporciones trágicas y catastróficas.

Viviendo noche a noche la variada sucesión de "tole tole", respirando sin estorbo el aire cargado de inquietudes de aquel ambiente, familiarizados con el rol de espectadores obligados de las diversas fases del batuque, aquellos tres músicos aprendieron a sonar más fuerte sus milongas y enhebrarlas al hilo, desde que se iniciaba el entrevue.

De tal suerte, el tango empezó a ser compañero infalible y cabal, cómplice eficaz y despistado irremplazable en trenzadas bravas y en penca de gapeza, y ganó con ello la devoción nochera que fatalmente llegó más tarde a hacerlo objeto de sus predilecciones, singular fetichismo que atribuía virtudes propicias a determinada milonga para el éxito amoroso; calidades estimuladoras al ritmo y la melodía de tal tango para cabrear bríos en la piel; hallaba entonación vigorizante en otro para el trance liso y llano de "alzar" copas y difundía presentimientos trágicos en la expectativa circunstante apenas sonaban las notas de algunos de ellos relacionados en el recuerdo noctámbulo con la trágica muerte de un guapo.

Del peringundín al Hansen

La frecuencia de incidentes desagradables con sus finales de tragedia y de prisión, provocó un período de retraimiento y devió la predilección nochera hacia sitios menos frecuentados y de restringido acceso, generalmente grandes casas sitas en calles apartadas, donde amigas prestigiosas de la muchachada ofrecían sus salas, sus bodegas y sus músicos a los farristas de bien forradas billeteras.

Aquellas casas tuvieron su hora de renombre y de prestigio en la crónica de la vida nocturna y sus dueñas disputaban la predilección de las patotas repartida entre María la Vasca, la Gringa Lina, la Vieja Carlota, Laura, Blanche, la China Joaquina, Fontanet, María Esther o Sara Lastra.

El tango tenía en cada salón de aquellos, cultores afamados, ejecutantes a dos planos en algunos o integrantes de tercetos similares al "Tambito", con el Negro Rosendo, Bevilacqua, Saborido, el gordo Mauricio, René, Silva, etc.

Luego al "Tambito" le salió un continuador: el Kiosko Casares, habilitado para expansiones similares de la vida nocturna.

Hasta que, por último, en las mismas arenas de Palermo, que muy bien pueden ostentar el título de cuna del tango, se abrió un gran local, que para aquella época, era un verdadero lujo, y cuyo funcionamiento encauzó después de intensificarla, la vida nocturna de la legión paseandera y la diversión de la gente calavera.

Fue un alemán llamado Federico Hansen quien acometió audazmente la entonces descabellada empresa de dotar de un antro propio y cómodo a los noctámbulos, siempre listos a correrse una farras.

Sobre la Avenida Sarmiento, apenas se cruzaba la Avenida Vicytes y la vía, en aquel tiempo a nivel, del Ferrocarril Central Argentino, próximo a la antigua estación Palermo, se instaló aquel recreo, famoso en los anales de la diversión porteña, y que se designó corrientemente por el apellido de su propietario.

Ofrecía aquel local, además del bar propiamente dicho, el aislamiento propio de varios salones reservados y de las glorietas, varias de ellas techadas, y separadas las unas de las otras por tabiques de varillas de madera dispuestas en enrejado y por entre cuyos cuadrículados verdaban retorcidas guías de enredaderas.

El acceso se hacía por una amplia escalinata de seis tramos tendida ante la ancha entrada sin portón, que limitaba el extenso patio, aposentamiento preferido de los parroquianos clasificados como gente de orden.

Todas las dependencias se hallaban levantadas a cierta altura sobre el nivel del suelo, precaución indispensable contra la invasión de las aguas del Plata, que con harta frecuencia, en sus altas mareas, sitiaban, convirtiendo en isla, al emporio jaranero por excelencia.

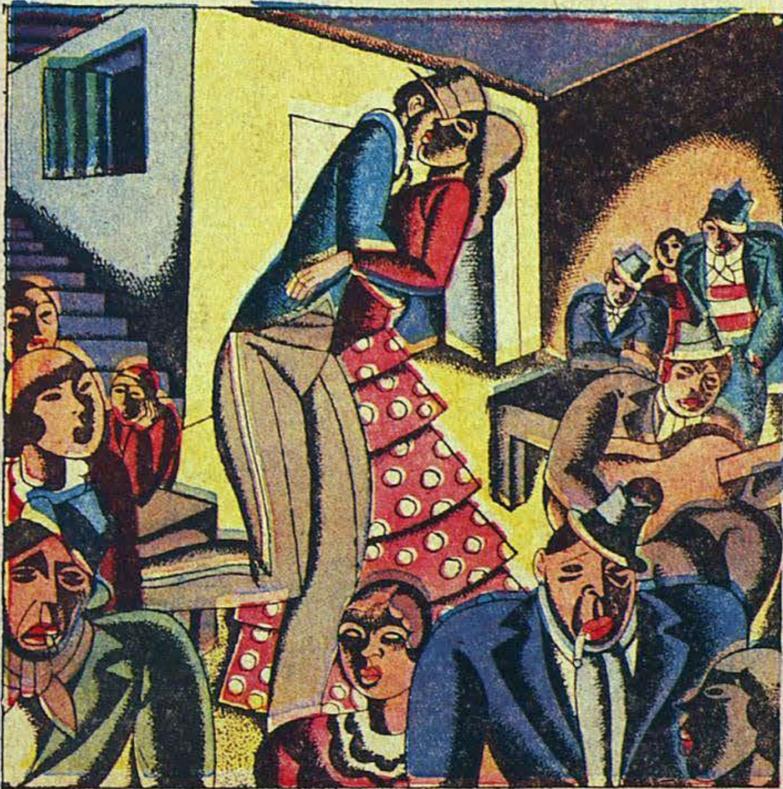
Las noches más movidas y abundosas en incidencias con el epil-

go infalible de la retirada del "zanahoria" eran las de Lunes y Sábados.

Determinaba tal periódica e invariable característica la circunstancia especial de que los lunes, día de liquidación semanal y de salida para las pupilas de los prostibulos, éstas compartían la noche proveendo a los gastos de la salida, con sus amantes, generalmente muchachotes ladados y compadritos, holgazanes y viciosos, que so pretexto de poner un poco de buen amor en la vida de la pobre mujer, consumían insaciables exigiendo cada vez más rendimiento, las "semanas" infernales vividas en frenética venta de la carne ya insensible.

El "cafiolo", que así se les designaba, mujer ansiosa de oír un poco de música y bailar una pieza, si a mano viviera, se instalaba con su compañera en una victoria de alquiler y al cabo de media hora, por lo menos, arribaba al Hansen.

Ilustraciones de A. Guevara



José Antonio Saldías